





# El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES

2 2 2

OFICINAS: Fuencarral, núm. 90.--MADRID

Apartado de Correos 409.

Director literario: EMILIO CARRERE

AÑO V.-22 de Septiembre de 1911.-NÚM. 247

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas.  
Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre  
10 pesetas. Año, 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 80 céntimos.

## PEDID SIEMPRE ESTA MARCA

Se emplea con éxito  
seguro en el reuma-  
tismo articular agudo  
y crónico y en la gota.

Es el mejor polvo  
dentífrico y el más  
económico



Sustituye en bondad  
y es más económico  
que todas las aguas  
minerales usadas  
para las enfermeda-  
des del estómago

Cajas de pastillas  
comprimadas de bi-  
carbonato de sosa á  
0,50 la caja

Latas que resultan más económicas, á 5 pesetas  
CAJAS A 0,50 Y UNA PESETA

### PASTILLAS CRESPO de Mentol y Cocaina

Su preparación esmerada y exacta dosificación las acredita desde hace más de 15 años como el mejor medicamento para la garganta, el más agradable de tomar y el mayor calmante DE LA TOS. No contienen opio ni sus compuestos; no ensucian el estómago y evitan la inflamación de las mucosas.

Pesetas, 1,50 la caja

Por mayor: PEREZ MARTIN Y C.ª

MADRID, Calle de Alcalá, 9, MADRID

### Antinervioso HOWARD

Tónico incomparable, de eficacia indiscutible (probada durante muchos años) para corregir las alteraciones del sistema nervioso. Su preparación en píldoras facilita el uso y no hay NEURASTENIA que se resista á su poder. Rechácese toda caja que no sea de lata y carezca del nombre de sus propietarios.

Pérez Martín Velasco y Comp.ª

LEASE BIEN EL PROSPECTO

NUESTRO NÚMERO PRÓXIMO PUBLICARÁ

## TRINI, LA PEINADORA

por DIEGO MARTÍN DEL CAMPO

Ayuntamiento de Madrid



# Los aventureros del gran mundo

*A mi amigo Mario Giralt*

## CAPITULO PRIMERO

### En San Petersburgo.--La muerte del Duque. Hacia París

Nos presentaron.

—El señor Balbourny.

—El señor... tal.

—Servidor de usted.

—Muchas gracias.

La mano de Balbourny era tan fina, que me hizo el efecto de estrechar una mano femenil.

El rostro de Balbourny tampoco era varonil. Fino, pálido, de facciones correctísimas, á primera vista aquella cara parecía de mujer. Pero luego, la boca, con un rictus leve de amargura, de ironía, nos hacía recordar á Heine; los ojos recordaban también los del ruiñeñor alemán; la frente era supremamente bella; los cabellos, rubios. Balbourny tenía aspecto de poeta, pero de poeta adolescente inglés.

Comenzamos á hablar. Aquel hombre cautivaba. Su exquisita cortesía, su buen gusto, su voz suave, un poco baja, causaban muy agradable efecto. Su inteligencia, su respeto por todo y para todos, daban una gran autoridad á su opinión.

Nos conocimos en un círculo político. La presentación fué casual. Yo ardía en deseos de saber qué profesión tenía aquel hombre. Para llegar á saberlo, le pregunté:

—Y qué, señor Balbourny, ¿hace mucho que vive usted en San Petersburgo?

—Llegué aquí hace seis días—me contestó—. ¿Y usted?

—Yo hace dos meses. He venido á estudiar estas costumbres.

—¿Es usted escritor?—me preguntó.

—Sí, señor. Español. ¿Y usted?

—Yo soy francés—me dijo.

Y con una absoluta naturalidad, sacudiendo la ceniza de su cigarro, añadió:

—Soy jugador de oficio. Vivo de la suerte, y vivo como un rey. La diosa de los ojos verdes me guía siempre á mi pesar. Pero esto ya me va cansando. Yo creo tener derecho á ser un poco desgraciado.

—¡Hombre!, es extraño ese deseo. Es el primer hombre á quien oigo hablar así:

—¿No considera usted natural lo que digo? La desgracia también tiene su voluptuosidad. Y yo quiero experimentarla.

—Pues á ello—le contesté—. Para ser desgraciado quizá baste querer serlo.

—No, señor. Yo quisiera serlo, y no lo soy.

—Pues llegará usted á serlo.

—Ojalá. ¿Me ayudará usted á conseguirlo?

—¡Hombre!... Sí, señor.

## II

No me olvidaré nunca de aquella tarde del invierno ruso.

En San Petersburgo no había nevado. Las piedras de la calle y las fachadas de los edificios estaban como abrigados por el viento cruelmente frío que soplaba.

Balbourny, un pintor español y yo, abandonamos las salas caldeadas del Círculo. Bajamos por la ancha avenida del Neva y llegamos á la ribera del famoso río. Las aguas, heladas en una gran extensión, ofrecían á algunos curiosos amplio campo de experimentación para sus respectivos valores personales.

Dos damas, más valerosas que los demás, habían avanzado mucho por el hielo. Los curiosos las miraban con admiración.

Balbourny avanzó resueltamente hacia ellas. Cuando llegó cerca, el hielo empezó á cuartearse. Una de las damas dió un grito y huyó asustada hacia atrás. La otra—una belleza rubia, melancólica, distinguidísima—, al sentir el peligro tan cerca de sí, palideció un poco, pero no hizo ni el más leve movimiento para huir. Balbourny avanzó sobre el hielo un poco más que la dama rubia, y volviéndose hacia ella sonriente, le dijo:

—Señora, ¿no tenéis miedo de que el hielo se rompa y os entierre?

—Yo, no. Y vos, ¿no tenéis miedo?

—Yo no tengo miedo á nada—respondió Balbourny—. Yo soy capaz de todo.

—De todo, no—respondió la dama friamente.

—De todo, sí—respondió Balbourny con la misma frialdad. La dama quedó un momento indecisa. Los dos se miraron á los ojos. La dama rubia se quitó con lentitud un guante. Sacó de uno de sus dedos una sortija con un colosal diamante negro. Y tirando la presea un metro delante de los pies de Balbourny, le dijo á éste:

—¡No sois capaz de devolverme esa sortija!

Balbourny ni sonrió siquiera. Avanzó sin vacilar.

La sortija había caído en una lámina de hielo medio deshecho.

Balbourny, con los pies metidos en agua, llegó hasta la sortija. La recogió del hielo. Sin moverse del sitio, la secó cuidadosamente entre sus guantes. Volviendo con toda tranquilidad sobre sus pasos, se acercó á la dama, é inclinándose



ante ella con la elegancia de un caballero mimado por las bellas marquesas del Triánón, le dijo:

—Señora: he aquí vuestro brillante. Es la más bella piedra negra que he visto. Pero, ciertamente son más bellos y más negros vuestros ojos. Tomad.

Si á la dama le había sorprendido el valor de aquel adolescente, le sorprendió todavía más su belleza y cortesía.

La hermosísima dama rubia, encantada, exclamó:

—¿Os gusta esa piedra? Os la doy. Es vuestra ya.

El joven retuvo sonriendo la sortija. Y quitándose el alfiler de la corbata, dijo á la Venus rubia:

—Acepto, si aceptáis esto vos.

La dama rió sonoramente, como una niña.

Balboury, con la mano ensortijada, prendió el alfiler entre las pieles de armiño de la rubia. Esta retuvo un momento entre las suyas la mano del galán.

Las pupilas negras de la bella se incendiaron. Sacudió levemente su cabellera de oro.

—Esta mano—dijo—no es vuestra. La habéis robado.

—¿A quién?

—¿Recordáis el retrato de Van Dik? A su lado ¿no habéis visto al conde de Bristol? Pues de ahí, de ahí está robada vuestra mano.

Balboury, sonriendo, dijo:

—¿Sois pintora?

—Sí.

—¿Si me concediéseis lo que voy á pedirós!

—¿Qué? Decid.

—Si me acompañáseis á España, iría al Museo del Prado á restituir lo que he robado del lienzo de Van Dick.

—Os lo prometo—contestó la dama rotundamente.

—Dadme vuestra mano. Dejadme que la bese.

El beso de Balboury fué silencioso y apretado.

La dama, satisfecha al sentirlo, exclamó:

—Así.

\*\*

A los pocos días la pintora rubia y Balboury salieron de San Petersburgo. No volví á verlos en mucho tiempo.

Solamente por épocas la Prensa universal traía hasta mí noticias de aquellos dos extraños personajes.

Un día era la noticia de que Balboury había levantado, en una sola noche, en el Nuevo Club de Viena, quince millones de francos. Otro día, un telegrama decía que aquel jugador sin rival había hecho saltar la banca de Montecarlo.

En las columnas de una de las más importantes fábricas de publicidad universales apareció cierto día un telegrama que fué leído con emoción por todos los jugadores del mundo. Balboury había jugado con ventaja en un círculo de Petersburgo y había arruinado á dos grandes duques. Una horizontal francesa había dejado también en manos del ventajista la parte más suntuosa de las maravillosas alhajas que llevaba puestas.

«Se afirma—decía el telegrama—que Balboury ha obtenido siempre por el mismo procedimiento las sumas considerables que puede apuntarse en su vida de jugador.»

Esto que aseguraba el telegrama es una falsedad. Balboury era un jugador de suerte. Hasta tal punto le sonreía la Fortuna, que podía creerse lo que él aseguraba: que la diosa implacable de los ojos verdes era su querida.

Lo que ocurría era que Balboury era un ser fantástico. Sabía que para ganar no tenía más

que extender su oro sobre el tapete verde. Pero como él, al jugar, buscaba, además del dinero, emociones, de ahí que para encontrarlas necesitase en muchas ocasiones exponer su vida.

Veréis, si no, lo que yo le vi efectuar un día, por broma, en un garito. Digo por broma, y por broma fué. Pero esto que él hacía por entretenimiento, otros hombres no serían capaces de hacerlo ni por necesidad. Y no se hable de la moralidad de estos hombres. Todos hemos conocido miserables de esos que son capaces de jugarse todo, menos la vida.

Balboury, con tal de no aburrirse, se jugaba la vida también.

He aquí el hecho, ocurrido en la capital rusa:

Balboury tallaba. Una concurrencia de cosas, cocheros, mujeres de trato, y conspiradores quizá, se jugaban al monte su dinero. Balboury manejaba las cartas con insuperable maestría. Aquel público brutal y envilecido seguía con avidez los movimientos del banquero. Aquellas manos de Balboury hacían, á lo mejor, en plena tirada, una parada extraña, absurda. Los jugadores se miraban recelosos. Balboury, dándose perfecta cuenta del peligro, seguía haciendo las tiradas, ó demasiado rápidas ó muy lentas. Quería probar su dominio sobre aquellas gentes.

De pronto, en medio de una tirada hecha con una velocidad eléctrica, se alzó una voz enérgica, amenazadora:

—¡Despacio! ¡Más despacio!

Balboury sonrió. Extendió los brazos lentamente, y colocando las manos debajo del foco eléctrico, despacio, muy despacio, con espantoso dominio de la escena... tiró el pego: hizo saltar un rey...

El puñal de un cosaco cayó como una centella sobre las manos de Balboury. Este las apartó velozmente, y la hoja del acero se clavó en la mesa.

Balboury dió un salto y salió del grupo. Los jugadores lo iban acorralando como perros.

Balboury los contenía, encañonándolos con un largo y fino revólver que, como si tuviera conciencia de aquel momento, lanzaba reflejos siniestros.

Balboury disparó un tiro y la gente se contuvo. Aprovechando aquel instante, Balboury encañonó el foco eléctrico y destruyó la bomba de un balazo. En la obscuridad ganó de un salto la puerta del garito y desapareció silenciosamente.

Cuando á la luz de algunas cerillas los jugadores buscaban á Balboury para despedazarlo, yo no pude contener la risa. Cada una de aquellas caras plebeyas y brutales podía ser la representación de la bestialidad burlada.

Al lado de la puerta se hallaba un cochero idiotizado por el alcohol. Un cosaco, encarándose con él, preguntó:

—Tú, animal, ¿por dónde se ha ido ese ladrón?

—Por la puerta. ¡Jú, jú!...—contestó el cochero, riendo como podría reír un buey.

El cosaco se acercó al cochero y le dió la bofetada más atronadora que pude oír en mi vida.

### III

A fines del año 1907 tuve la fortuna de encontrar nuevamente á Balboury en San Petersburgo.

Le hallé en la Avenida del Neva, hablando animadamente en el centro de un grupo. A su lado, imponderablemente bella, estaba la pintora rubia.

Al verme, Balboury vino á abrazarme.

—¿Qué tal?—le dije.—¿Ha estado usted en España?



—Sí; de allí venimos. ¡Encantados! ¡Qué país!  
—No sea usted farsante—le conteste—. Y esa mano ¿ha podido usted restituirla?

—No, hombre. ¡Si fué un error de mi querida! Mi mano es completamente mía; no le fué robada a Van Dick, ni al conde de Bristol. Van Dick tiene los guantes puestos, y la mano del conde es más plebeya que la mía. Vea usted.

Luego, cogiéndose de mi brazo, me dijo:

—Va usted a venir con nosotros. Verá usted con cuánta facilidad puede un hombre ganarse diez mil rublos.

—¿Diez mil rublos?

—Sí. Uno de estos duques medio locos ha organizado unas carreras de troikas. El premio es de diez mil rublos. Va usted a vérmelos ganar.

Completamente convencido marché con Balbourny. Su querida vino a colocarse a nuestro lado. Detrás nos seguía un grupo de elegantes, admiradores sin reservas de Balbourny. No puedo decir qué camino llevamos; no me fijé. Sé solamente que dejamos a nuestra derecha la Avenida del Neva. Cruzamos varias calles que se me figuran hay un laberinto, y llegamos ante un edificio ligero y brillante, reproducción del Palacio de hielo, de Montreal.

Entramos.

En primer término, en un hall espacioso, comían, bebían y charlaban hombres y mujeres de todos los países del mundo. A la derecha, en una pista bruñida como un espejo de metal, patinaban caballeros medio idiotas y mujeres bellísimas. Y, por último, allá al fondo se extendía una pista de nieve inmensa, inacabable, y tan blanca que hacía cegar.

—Ahí van a ser las carreras—me dijo Balbourny.

Cruzamos el hall. En la pista ya estaba el gran duque, organizador de las carreras. Nos acercamos a él. El duque y Balbourny se saludaron con frialdad.

—¿Viene usted a correr, Balbourny?

—Sí, duque. Y, además, vengo a ganar.

—¿Va usted a ir solo en la troika?

—No; voy con una dama.

—Es peligroso—respondió el duque—. Hay una curva peligrosísima en la carrera.

—Mejor. En esa curva ganaré.

En estos diálogos insignificantes era donde se ponía de relieve el dominio de Balbourny. El gran duque, que estaba acostumbrado a tratar con displicencia a todo el mundo, no podía ejercer su dominio sobre aquel hombre. A una imperterencia del duque, contestaba Balbourny con otra infinitamente mayor.

Iban a comenzar las carreras. Los caballos, calzados con unos zapatos especiales de goma, cuyo piso, con menudos y aguzados salientes, les impedía resbalar, pafaban de impaciencia. Los corredores, acomodándose en sus troikas, aguardaban nerviosos la campanada de salida. Los corredores iban solos, cada uno en su coche. Solamente un corredor—Balbourny—llevaba a su lado una mujer muy bella—á quien ya conocemos—, que sonreía, apretándose emocionada contra el pecho de su conductor.

Unos cuantos espectadores salimos rápidamente en una troika para no perder la entrada de los luchadores en aquella curva del final.

Cuando llegamos á la curva, yo sentí un escalofrío. Era una garganta estrecha, para una troika sola, y entre dos murallas de hielo, que por el brillo y la dureza á mí se me antojaron de diamante.

—Esto es un crimen—exclamé—. Esta curva es mortal. Aquí, seguramente, se matará algún corredor.

—¿Pues qué se creía usted?—me contesta-

ron—. ¿Que los diez mil rublos del duque se los iba alguien á llevar de balde?

—De balde, no. Ganando en la carrera.

—Pues para que alguien gane de verdad, es necesario que otro muera. El duque no se halla á gusto si en alguna empresa suya deja de tomar parte la muerte.

—¿Y opina lo mismo el duque—pregunté—cuando son los nihilistas sus *coempresarios*?

—Lo mismo—me respondieron—. El duque es un anormal, un miserable, un ser cruel. Aunque sea él el amenazado, necesita ver constantemente la muerte de cara.

No pude menos de volver la cabeza para ver el rostro del duque, allá entre el grupo de jueces y corredores.

En aquel instante sonó la campana. Las troikas se precipitaron en una tromba confusa. Yo no pude reprimir una sacudida nerviosa: me faltó por un momento la respiración.

La tromba avanzaba. Era como una de esas nubes trágicas que en sus vientres hinchados llevan la muerte irremediable para el barco que resbala perdido sobre el convexo escudo de algún mar. Daba miedo verlos avanzar. Allí venía la muerte. Y venía casi silenciosa, sin estruendo. Los cascos no sonaban al golpear la nieve. Las troikas se deslizaban sin ruido. Sólo se oía confusamente algo así como el rumor de un telón inmenso de seda al desenrollarse y caer.

Los corredores ya llegaban cerca de nosotros: los pude distinguir. La troika de Balbourny se emparejaba con otra. Balbourny, sereno, impávido; al lado de él, su querida, con los ojos cerrados de terror ante la curva.

La troika que se emparejaba con la anterior iba conducida por un hombre joven, cuya cara contraída daba una viril impresión.

Iban á ganar la curva los dos.

Balbourny, rapidísimamente, se inclinó y escondió la mano entre las ancas de su caballo.

El caballo dió un salto increíble y ganó la curva. Pero al ganarla, la troika dió un bandazo en la cabeza al caballo contrario. El caballo dió una caída mortal. Su conductor saltó del asiento, como una bala, y chocó con el rostro de lleno contra la pared vertical de aquella muralla de diamante.

La querida de Balbourny dió un grito horrible. Le había saltado á los labios y á los ojos sangre caliente.

Balbourny, sin volver el rostro, siguió la carrera.

Y salió de la curva vencedor.

\*\*

Acabada la fiesta—y digo fiesta porque no logró entristecerla la muerte de aquel corredor—, nos reunimos todos en el hall. La alegría era brutal: una alegría salvaje y cruel que daba miedo. Las burbujas del champán cantaban solas en las copas. Los búcaros, al romperse, ponían en medio de la alegría general una nota leve como un quejido.

Había algo trágico en el ambiente. Parecía que se festejaba, más que la victoria de Balbourny, la muerte de su contrario. El duque enamoraba á la querida de Balbourny. Este, que lo notaba, sonreía contemplando una esmeralda bellísima, que adornaba su mano izquierda.

Balbourny se acercó á mí cido.

—Vais á oír una cosa bárbara, antinatural—me dijo—, pero muy bella. El duque es una figura extraña de hombre. Tiene la boca grande, sensual. Tiene mirada de águila. Su gesto habitual es de desprecio y crueldad ante la vida. ¿No te



néis curiosidad por saber qué gesto tienen para la muerte los hombres de esa clase?

—Sí—le respondió—. Ante la muerte, el gesto de Napoleón fué noble. El de Alejandro fué de lucha; el gesto que se tiene para el enemigo. El gesto de Julio César fué de miedo; pero de ese miedo que no deshonra. Confieso que me interesa el gesto que pondrá el duque al morir.

—El duque es bravo. Morirá bien.

—¿Creéis?...

—Creo. Pero pronto saldremos de dudas.

—¿Pensáis matarlo?

—Sí. Dentro de un momento.

Recibí la noticia sin pestañear. En aquella atmósfera el anuncio de la muerte se recibía con naturalidad.

Balboury, alzando la voz, dijo:

—Duque, os propongo un duelo original.

—Acepto.

—¿Vamos á jugarlos la vida á cara ó cruz?—preguntó Balboury.

El duque, sin responder, sacó una moneda de oro.

—Pedid—exclamó, mostrando la moneda con un gesto impertinente.

Balboury respondió:

—Os regalo la suerte. Suponed que he perdido yo.

El duque se negó con altivez.

—Perdonad. La moneda es mía; así que la suerte que ella había de dar sólo yo puedo regalarla.

—¿Es mía, pues?—dijo Balboury.

—Vuestra.

Balboury sacó el revólver.

Antes de encañonar á su enemigo preguntó:

—Duque, ¿á cuántos hombres mató vuestra tiranía?

El duque respondió:

—Hombres, á centenares. Mujeres, más.

—¿Con qué mano firmasteis las sentencias?

—Con ésta—respondió el duque, colocando la mano derecha sobre el corazón.

Balboury no perdió un segundo. Disparó. El duque cayó hacia atrás con la mano y el corazón atravesados.

\*  
\*\*

En aquella época de mi vida yo había perdido por completo la amistad con mi conciencia. No había ningún vínculo entre los dos. Mi conciencia me despreciaba y yo la contemplaba con absoluta frialdad.

Como comprenderéis, el desprecio con que me distinguía mi conciencia no me interesaba. Ella y yo nos hallábamos separados por distancias polares. Suponed el efecto que puede hacerle á D'Annunzio el desprecio de un naviero ó de un constructor de coches.

Pues ese mismo efecto causaba en mí el desprecio de mi conciencia. ¿Qué sabía ella quién era yo!

Además, quizá mi conciencia no tenía razón. Matar á un hombre es un crimen. Pero, matar á un malvado, ¿lo es también?

Y el duque era un malvado. ¿Creéis que no? Pensad en los cementerios de San Petersburgo y Siberia. El duque era el más alto sepulturero, el verdadero proveedor de aquellos osarios.

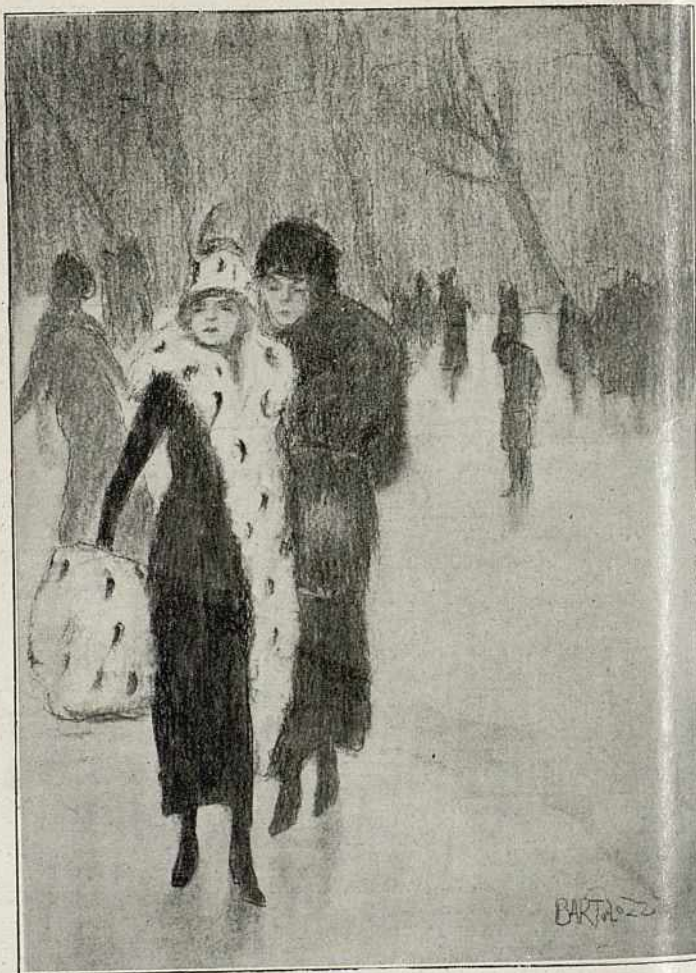
Si mi conciencia pudiera pensar, llegaría á enaltecer mi indiferencia por la muerte del du-

que. Pero la conciencia es incapaz de razonamiento. Se guía por una especie de instinto.

Se me dirá que Balboury, por sus cualidades morales, era un asesino, un miserable. Está bien. ¿Un miserable! ¿Dónde está el hombre que no lo es?

\*  
\*\*

Inmediatamente del asesinato del duque salimos del hall. A favor de una niebla espesísima huímos por las calles de San Petersburgo hacia el hotel.



Cerrados en el cuarto de Balboury, pudimos mirarnos á la cara con cierta tranquilidad. La querida de Balboury aún estaba aterrada. Yo no podía pensar en otra cosa que en las consecuencias que para nosotros podría traer todo aquello. El único que conservaba la tranquilidad, como siempre, era Balboury.

Este fué el que rompió el silencio. Dirigiéndose á mí, dijo:

—Como sé que me admiráis intensamente, os voy á hacer una proposición, que aceptaréis. Quedáis nombrado mi ayudante de campo. Para desempeñar esta plaza sólo se requiere una cualidad: valor. ¿Lo tendréis?

—Sí.

—Está bien. Pero no basta decirlo. Hay que demostrarlo. Ahora mismo me vais á acompañar á casa del duque á recoger los diez mil rublos que gané en la carrera.

—¿A casa del duque?—exclamé—. Es una lo-



cura. Nos cogeran. A estas horas ya sabe todo el mundo que vos habéis matado al duque.

—A estas horas—respondió Balbourny—nadie sabe cómo aconteció la muerte del duque. El duque tenía muchos secretos que guardar. A esta clase de hombres no les conviene la verdad ni aun después de muertos. Yo conozco á estas gentes. Este asesinato irá á cuenta de los nihilistas. Ya veréis.

—¿Los nihilistas decís? Entonces los perseguirán.

—Es claro—dijo Balbourny—. Ahora comenzarán á recibirse nuevas remesas en Siberia. Y éste es el peligro para nosotros. Los nihilistas sabrán la verdad y nos condenarán á muerte. Y estas condenas son las únicas que se cumplen.

—¿Entonces?...—pregunté.

—Entonces es necesario recoger los diez mil rublos y abandonar inmediatamente á Rusia.

—Y ¿á dónde iremos? ¿A París?

—Nunca. En París hay Comités revolucionarios rusos. Las ciudades ricas y populosas son malos escondites. Nuestro oriente puede estar en Roma ó en Madrid.

—¿Pues, andando!—exclamé—. No tenéis sino mandar. Estoy á vuestras órdenes.

\*  
\*\*

Amanecía. Salimos del hotel Balbourny y yo y nos dirigimos al palacio del duque.

El portal, desierto. Los salones, desiertos también.

En una cámara medio alumbrada, teñida de amarillo por la luz del amanecer, nos recibió el secretario del duque.

Balbourny le dió sentidamente el pésame. Le habló luego de la vida de los grandes políticos como el duque, vida constantemente amenazada por la anarquía y el nihilismo. Ensalzó los méritos del duque, y, sobre todo, habló largamente de su valor personal.

—¿Oh!—decía Balbourny—. Aquel hombre, frío, pálido, imponente y sereno como un fantasma, era un valiente. Yo puedo atestiguarlo. ¡Qué admirable el gesto que tuvo para la muerte!

El secretario exclamó con asombro:

—Pero ¿estábais vos allí? ¿Lo visteis morir?

—Es claro—respondió Balbourny con sencillez—. No os lo habían dicho? En el momento en que el nihilista lo encañonó con su revólver, yo estaba al lado del duque.

—¿Oh, señor, señor!—repetía el secretario—. Entonces podréis declarar eso. Así desharemos la calumnia. ¡Dicen que mi señor ha sido asesinado en una juerga de borrachos!

—¿Qué necedad!—decía, sonriendo, Balbourny—. Ahora, es claro, sobre vuestro amo se cebará la calumnia. Dirán de él cosas horribles. Habrá quien pretenda exhumar sus secretos. Pero no temáis. Yo estoy á vuestro lado. Los secretos de los grandes hombres son sagrados para el pueblo. Si así no fuera, ¿qué sería de las más tradicionales instituciones? Yo sé secretos terribles del duque y me consideraría un ser indigno si los revelara.

—¿Oh, gracias, gracias, muchas gracias!—exclamaba el secretario.

Balbourny cambió repentinamente de tono y de modales. Acercándose mucho al secretario, le preguntó:

—Decid, ¿tenéis noticia de una deuda pequeña que el duque había contraído conmigo?

—No, señor; no sé nada.

—Es una deuda sin importancia. A consen-

cia de una apuesta perdida por el duque, se me adeudan veinte mil rublos. Espero que vos mismo me los pagaréis.

—¿Oh, veinte mil rublos, señor! No puedo. ¿Veinte mil rublos? Consultaré.

—Sí, sí. Consultad—decía Balbourny—. Yo puedo proporcionaros el testimonio de los últimos compañeros de juerga del duque.

—Pero ¿también sabéis quiénes son? ¿Si nadie lo sabe!

—Si yo hablo, ellos tendrán que salir á la luz, y hablarán también. Pero yo no hablaré; esto traería complicaciones. Se embrollaría la muerte del duque... se hablaría de sus vicios...; quizá al hablar de estos vicios terribles, la maledicencia se fijaría en vos, señor secretario... En fin. Estad tranquilo. Yo no hablaré... Los veinte mil rublos os será muy fácil encontrarlos. El duque no tenía ningún secreto, absolutamente ninguno, para vos. Y, por tanto, sabréis dónde guardaba el dinero.

El secretario escuchaba muy pálido á Balbourny. Con mano temblorosa sacó la cartera y, temblando, entregó á Balbourny doce mil francos.

Balbourny comenzó á enrollar y desenrollar los billetes entre los dedos.

—Doce mil francos—repetía—, faltan ocho mil, ¿verdad, señor secretario?

—Oh, no tengo, no tengo más. Por Dios, por vuestro dios, perdonadme, señor...

—Ocho mil francos—repetía Balbourny—. ¿No tenía alhajas vuestro amo?

—¿Alhajas?—preguntó estúpidamente el secretario.

—Sí, alhajas—respondió Balbourny—. Veréis. ¿Está amortajado vuestro amo?

—Sí—contestó temblando el secretario.

—¿De qué lo habéis vestido?—siguió Balbourny—.

—¿Le pusisteis uniforme?

—Sí.

—¿Entonces tendrá en el pecho cruces, placas, preseaas?...—

—Sí.

—Bien, pues guiadme. Yo le arrancaré una.

—¿Por Dios!—clamó sordamente el secretario.

—¿Dónde está vuestro amo? ¿Por aquí?

Balbourny se internó por las habitaciones del palacio. El secretario y yo le seguíamos.

Llegamos á la capilla ardiente. El duque, en el féretro, asomaba el rostro entre las blondas de un velo de tísú. Aquel rostro pálido, brillante, parecía de cera pulimentada.

Al través de uno de los rosetones calados en el paño, el pecho del duque mostraba una constelación de condecoraciones. En el centro del pecho, como eje de todo aquel sistema solar, aparecía una placa de oro, en forma de rodela, bordada de brillantes y esmeraldas y rubies. El punto central de aquella rodela lo ocupaba una esmeralda colosal.

Balbourny alzó el velo que cubría el cadáver, extendió la mano, afianzó sus dedos finísimos bajo los bordes de aquella condecoración y tiró hacia sí con impulso tremendo. El cadáver se removió en su féretro. El paño del uniforme se rasgó.

Balbourny se volvió hacia nosotros mostrándonos la bella y suntuaria condecoración.

—¿Qué os parece?—dijo—. ¿Valdrá los ocho mil francos?

—Sí; vale más—respondí yo.

Balbourny cubrió piadosamente los desperfectos que había causado en el uniforme del duque, y alzándose lentamente exclamó:

—¡Pobre duque! Era un bravo y un hombre de buen gusto. Mirad que esta esmeralda ¡es bella! ¿Dónde la habría comprado el duque?

Balbourny, irguiéndose por completo, se diri-



gió al secretario. Entregándole uno de los billetes que un momento antes el secretario le había entregado á él, le rogó:

—Tomad, señor. ¡Pobre duque! Ponedle de mi parte una corona.

—¡Señor!—clamó el secretario con voz doliente.

—¿Qué os pasa? ¿No queréis ponerle de mi parte una corona?

—No es eso, señor.

—¿Qué es pues?

—... ¡Esa condecoración!...—se atrevió á decir el secretario.

—¡Esta condecoración!—respondió Balbourny remediándole.

—Si quisiérais, señor... Yo os daría por ella diez mil rublos.

—¡Ah! ¿Tenéis diez mil rublos más? ¡Miserable!—gritó sordamente Balbourny—. Y me los negabais. Y eso que se trataba de una deuda de ho-

nor, de una deuda de juego de vuestro amo ó lo que fuese. ¡Hipócrita! Quedaos ahí con él, recordando las escenas miserables que juntos habéis llevado á cabo. Yo sé vuestros secretos. Yo sé que tú y el muerto habéis contrariado juntos, y más de una vez, las leyes que la naturaleza dictó sólo para los varones. Quédate ahí con él. Y grita si te atreves, que yo hablaré para que las gentes te escarnezcan y el Estado borre con ácidos de todos sus documentos el nombre del muerto.





Balboury cerró la puerta de la estancia y dejó al secretario con el cadáver. Atravesamos rápidamente los salones. Bajamos la escalinata de mármol.

Ya en la calle, pregunté á Balboury:

—¿Es posible que la sordidez del secretario os haya enojado tanto?

—No—respondió Balboury—. ¡Si no me he enojado! Es que, decidido á todo, hube de llevar la farsa hasta el final. El duque y el secretario tenían vicios anormales, ¿comprendéis? Y esto era necesario decirselo para aterrarlo. Ahora no hay miedo á nada mas que á los nihilistas. Y á éstos vamos á comenzar por despistarlos.

—¿Y qué pensáis hacer?

—Nuestro refugio está en Roma. Pero antes pasaremos por París.

—¿Por París?—pregunté con espanto—. Eso es jugarse la cabeza.

—En París existe una gran representación de la policía rusa—respondió Balboury—. Además, allí tienen corresponsales los centros revolucionarios de Kiew y San Petersburgo. ¿No le seduce á usted la idea de burlarse, durante unas cuantas horas, de esos dos peligros?

—Confieso que sí.

—Bien. A París, pues.

Empujándome hacia un coche de alquiler, Balboury le gritó al cochero:

—A escape: cinco rublos de propina Hotel Royal.

## CAPITULO II

### En París.--Un ruso del Báltico.--De la plaza Vendome á las alturas de Belleville

El trato continuo con un hombre de poderosa voluntad, nos hace adquirir algo de su fuerza. Esto me ocurrió á mí con Balboury. Yo soy un hombre débil, fatigado; una noche, pasada sin dormir, me descentra, y dos, casi me enloquecen. Una impresión fuerte me produce una excitación nerviosa que, más ó menos latente, me dura días.

Pues bien, después de las emociones de San Petersburgo, y de la huida de setenta horas hacia París, ya en la capital de Francia me contemplé á mí mismo y me quedé espantado de mi serenidad.

No, no era posible. Aquella serenidad mía era falsa. Era un reflejo de la serenidad imponente de mi amigo. La grandeza de Balboury ante el peligro no tenía medida. Para encontrar algo semejante habría que buscarlo detenidamente entre las más brillantes páginas históricas, y de éstas habría que rechazar desde luego aquellas que no tuviesen como principio la cifra inicial de un héroe.

Veréis, si no, lo que hizo aquel hombre extraordinario desde nuestra llegada á París.

Descendimos del vagón en la Gare du Nord. Atravesamos en automóvil las calles de París hasta la plaza Vendôme. Y nos alojamos confortablemente en el hotel Bristol.

A las tres horas de llegar al hotel, Balboury y yo salimos. Dejamos durmiendo en el hotel á la querida de mi amigo.

Balboury me hizo entrar en el primer auto de alquiler que cruzó ante nosotros, y después de consultar unas notas de su cartera, dijo al conductor:

—35, Boulevard Batignols.

El auto partió.

En la casa núm. 35 del Boulevard Batignols me aguardaba una espantosa sorpresa.

Entramos. Mi amigo llamó en el piso bajo.

Un criado nos condujo ante una sala enorme que, á pesar de ser las doce del día, se hallaba alumbrada artificialmente con esplendidez.

Mientras aguardamos al dueño de la casa, Balboury examinaba la estancia con absoluta tranquilidad.

Apareció el dueño, y aquí entra lo extraordinario de aquel momento.

El dueño de la casa era un hombre rubio, alto, huesudo, de rostro luciferesco, de mirada incendiada. Había algo de fantasmal y de trágico en aquella cara de visionario. Hombres como aquel deben verse muchos en las reuniones secretas de la anarquía; y caras como aquella deben verse algunas también en las caravanas nihilistas que cruzan las estepas bajo la tralla del cosaco con rumbo á los presidios de Siberia.

El dueño de la casa quedó inmóvil en la puerta.

Balboury dió un paso hacia él.

—¿No me conoce usted?—preguntó.

—No.

—Yo á usted, sí. Hace cinco años asistimos juntos, á orillas del Báltico, á una reunión nihilista. De aquella reunión salió la condena á muerte de un gran duque. La sentencia fué consumada por un ruso del Báltico, por un hombre de corazón, por...

—Sí, por mí—respondió el ruso—. ¿Y qué, pensáis delatarme ó prenderme quizá?

—No—exclamó Balboury—. No pienso, por ahora, en ser juez ni delator. Vengo á pedir os amistad. Yo, como usted, soy un hombre que ha matado á un gran duque.

—¿A un gran duque? ¿Seréis, quizá, el que mató anteayer á Vladmir?

—El mismo. Hace tres horas hemos llegado á París de San Petersburgo. De aquí pensamos salir para Roma; pero antes quiero contar con la ayuda de mis hermanos.

—¿Sois nihilista?—preguntó el ruso serenamente.

—Sí—contestó Balboury.

—¿En qué población acordasteis la muerte del duque?

—En Odessa.

—¿Hace mucho tiempo?

—Seis días.

El ruso dió un paso hacia Balboury y le estrechó la mano fraternalmente.

Balboury, por vez primera ante mí, se emocionó levemente.

Aquella emoción de Balboury me extrañó. Quedé por completo despistado. Aquel hombre, ¿me engañaba á mí ó estaba engañando al ruso?

Balboury y el ruso, como nihilistas, comenzaron á tutearse.

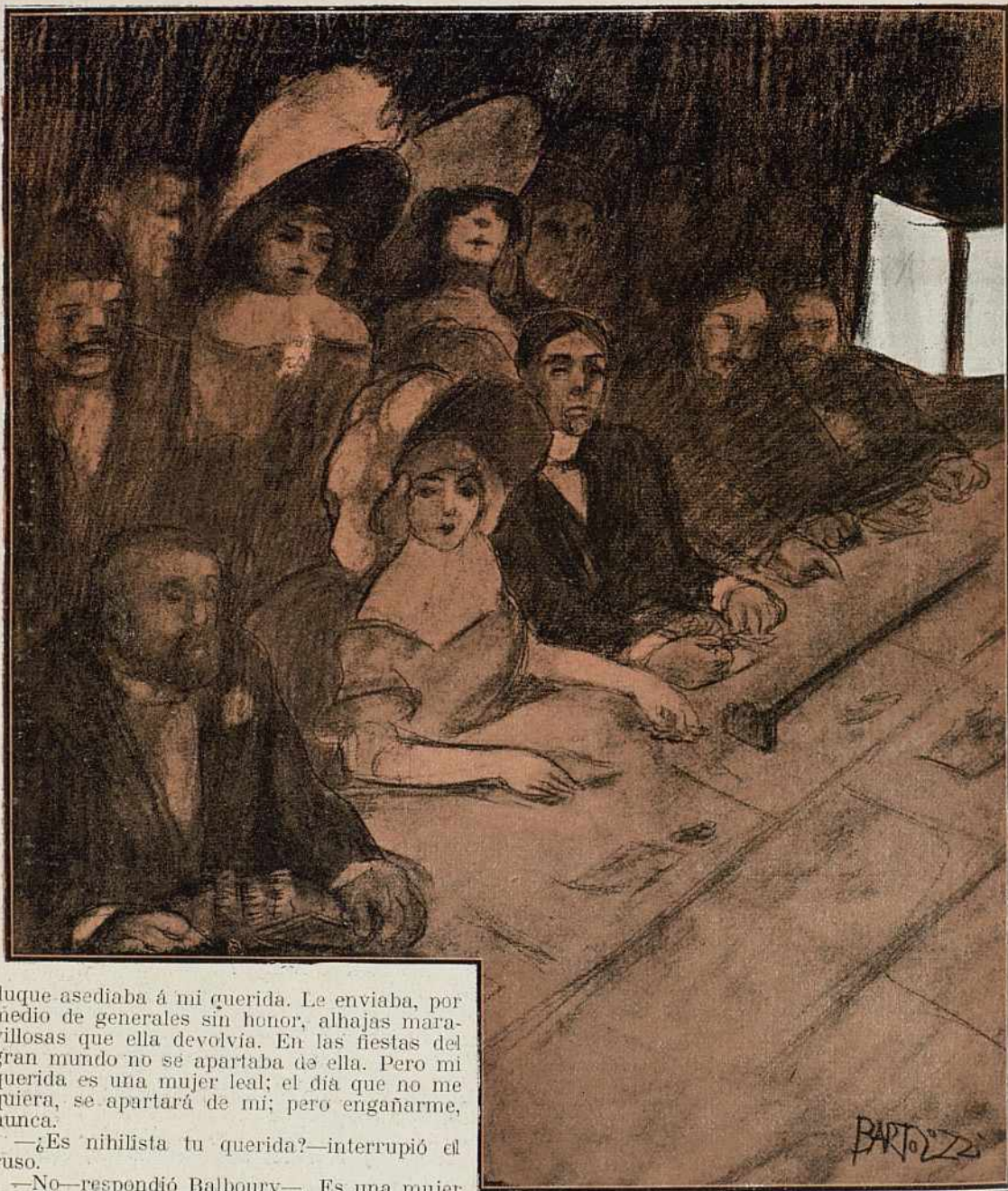
El ruso quería enterarse al detalle de todo lo relativo al asesinato. El incendio de su mirada crecía por momentos.

—Dime—preguntaba—. El duque era un miserable, ¿verdad? ¿Dónde le mataste? ¿Qué arma escogiste? El puñal es muy expuesto; con él casi siempre falla el golpe. ¿Empleaste el rifle? No; ¿el revólver quizá? Cuenta.

Balboury, friamente, sin sonreír, empezó á contestar á las preguntas de su amigo.

—Para prestar á nuestra causa un gran servicio—comenzó Balboury—, hace dos años que llevo una existencia fantástica. En ese tiempo jugué con ventaja en Spá, en Viena, en Montecarlo. Me dediqué á todos los deportes y rivalicé con los primeros deportistas del mundo. Me hice amigo del duque; y éste, que desde el primer momento me demostró su hostilidad, hubo de mostrármela con mayor empeño desde un día en que conoció á mi querida. Mi querida es una pintora rubia, bellísima, de quien el duque se enamoró fieramente, como él se enamoraba. El





duque asediaba á mi querida. Le enviaba, por medio de generales sin honor, alhajas maravillosas que ella devolvía. En las fiestas del gran mundo no se apartaba de ella. Pero mi querida es una mujer leal; el día que no me quiera, se apartará de mí; pero engañarme, nunca.

—¿Es nihilista tu querida?—interrumpió el ruso.

—No—respondió Balbourny—. Es una mujer que me adora y que por mí daría con gusto la cabeza, como yo por ella.

—¡Bien, sigue!

—El día de la muerte del duque—continuó Balbourny—tuvimos una juerga en un *hall* de Petersburgo. El duque era bravo. Le propuse, sin razón aparente, un duelo brutal, y el duque, que hubiera aceptado esa lucha en cualquier momento, la aceptó con más gusto por haber sido propuesta delante de mi querida.

—Y lo mataste—terminó el ruso.

—Lo maté—afirmó mi amigo—. Pero murió como un bravo; ni pestañeo siquiera ante la muerte.

Balbourny, señalándome á mí repentinamente con un brazo, le dijo al ruso:

—Te advierto que todo esto es una revelación para mi amigo. Este sabe ahora que yo soy nihilista. Hasta este instante creyó que yo era un ser anormal, que buscaba el peligro por neurosis, y que jugaba con ventaja por codicia.

Yo afirmé rotundamente. Lo que decía Balbourny era verdad. Yo había creído siempre en la anormalidad de aquel hombre. Jamás había pensado que todas las hazañas que le había visto efectuar tuvieran un fin racional. ¿Cómo iba yo á pensar que hubiera un hombre capaz de representar tan magistralmente el papel de neurótico? Ya he confesado que Balbourny me engañó.

Pero... Ante aquel hombre yo no me hallaba nunca en terreno seguro. En su conversación con el ruso me parecía sincero. Pero también me lo había parecido en otros momentos de su vida que, según confesión propia, habían sido de una absoluta falsedad.

En aquel momento yo me encontraba descen-trado. La figura diabólica del ruso del báltico también influía algo en mi intranquilidad.

Alguna fuerza me daba la actitud de Balbourny. Sereno, pálido, quizá más pálido que de costumbre, mi amigo relataba su vida. En la parte que



de ella yo conocía, no había en el relato ni una sola falsedad. La muerte del duque fué tal y como él la contaba.

Sin embargo, había en todo aquello algunos puntos que me martirizaba no poder aclarar. Ejemplos. ¿Por qué Balbourny había sido jugador de ventaja? ¿Por qué su afán de mostrar en todas partes su valor personal; y por qué, finalmente, hacía gala de sus vicios y aun de otros que no tuvo jamás?

Aquel hombre todavía era un misterio.

El ruso y él dieron por terminada la conversación.

Balbourny, estrechando la mano del ruso, preguntó:

—Así que ¿me ayudarás?

—Siempre—respondió el ruso—. Antes de una hora estaré con mis compañeros, y entre todos estudiaremos lo que se debe hacer.

—Por lo pronto, ¿yo sigo mi vida fastuosa?—exclamó Balbourny—. ¿Y si de súbito me encuentro en peligro?

—Procura salir de él hasta que llegue nuestra ayuda. Desde esta noche á las nueve tendrás á la puerta de tu hotel un automóvil rojo. El conductor es de los nuestros; y, además, un bravo. Puedes fiarte de él.

—Así lo haré—respondió Balbourny—. ¿Cuándo nos veremos?

—Nunca. Si hay alguna novedad, nos servirá de hilo transmisor el chauffer.

—Salud, pues.

\*  
\*\*

Doce días duró en París nuestra estancia. Cuarenta y ocho horas vivimos apaciblemente, á lo burgués. Las comidas correspondientes á aquellos dos días las hicimos en el hotel. Contamos los tres juntos y luego no nos apartábamos ni un momento. En aquellas horas de conversación se reveló para mí el talento de la querida de mi amigo.

Sara Roel era realmente una mujer extraordinaria. Ya veréis más adelante, cuando os relate cosas suyas, ya veréis, digo, como los hechos confirman aquella impresión que en el hotel recibí de ella.

A los pocos días de estar en París, la personalidad exterior de nosotros tres cambió. Hasta entonces habíamos sido una mujer y dos hombres. Desde entonces fuimos tres hombres. Sara Roel, por un capricho suyo, se cortó el pelo en melena corta, á lo artista, y se vistió con traje masculino. Era encantador el aspecto de aquel jovencito delicado, vestido irreprochablemente, de rostro impenetrable, inglés, al que daba un gesto imperioso el espejo del monóculo.

El aspecto de Sara Roel no podía ser más atractivo. Nadie sería capaz de descubrir, bajo aquel frac y aquel correcto pantalón de franja, á una mujer. Solamente su rostro sería capaz de delatarse. Pero, tampoco; porque su rostro, que era muy bello, no tenía ni un solo gesto andrógino. Era noblemente femenino. Y todos sabemos que á los diez y ocho y veinte años hay muchos hombres que tienen cara de mujer. Sin que por esto resulten innoblemente afeminados. Nuestros abuelos conocieron á un hijo natural de lord Brommel que poseía toda la elegancia célebre del padre y la belleza rostral, femenina, de la madre. Al ver á aquel joven *gentleman*, las mujeres exclamaban:

—Es muy guapo; ¡y tiene cara de mujer! Pero su aspecto es de muy hombre.

Quedamos, pues, en que Sara Roel representaba á maravilla el papel de hombre. Su melena amarillina, sus ojos negros, las grandes ojeras oscuras, daban á su belleza un tinte melancó-

lico. Si la hubiérais visto una noche en un palco de la Opera acariciando lentamente un bucle de su melena, con la mirada triste errante por la sala, os hubiérais creído en presencia de aquel príncipe Hamlet á quien engendró en la Duda el unigénito Shakespeare.

Aquella noche, en la Opera, produjo verdadera impresión la elegancia de mis dos amigos. Los hombres los miraban con curiosidad, las mujeres los asacataban sin descanso. Balbourny y Roel, en el fondo del palco, hablaban casi de espaldas á la sala.

Yo los contemplaba obsesionado preguntándome, ¿á dónde me empujará mi Destino en compañía de estos dos seres, y qué guardarán ellos en el fondo de su espíritu que yo no puedo descifrar y que con tanta fuerza me atrae y me domina?

\*  
\*\*

Una noche salimos del hotel más tarde que de costumbre. A la puerta nos esperaba el automóvil rojo. Balbourny, dirigiéndose al conductor, dijo:

—A las alturas de Belleville: despacio. Al llegar allí ya te daré señas más precisas.

El conductor, sin perder su inmovilidad, con una voz metálica que daba frío, respondió:

—Para llegar á las alturas de Belleville, es menester atravesar Montmartre. Los apaches no nos dejarán llegar.

—Siendo tú el guía—respondió Balbourny—, ¿crees que hay alguien capaz de obligarte á parar?

—Sí. Un hombre con buena puntería puede dejar al coche sin guía de un balazo.

—Entonces, déjame á mí; yo guiaré.

Balbourny pretendió apoderarse del volante, pero el conductor no lo consintió.

Por la conversación que sostuvieron durante unos instantes, yo llegué casi á convencerme de la falta de equilibrio de Balbourny. Queriendo buscar un apoyo á mi creencia, busqué con los ojos en el fondo del coche el rostro de Sara Roel; pero ésta, con su traje de hombre, fumaba con absoluta tranquilidad un cigarro de Alejandria.

Entré en el coche. Detrás entró Balbourny.

El auto comenzó á rodar.

En la obscuridad del coche, en el silencio, mareado por el perfume oriental del cigarrillo, obsesionado por algo extraño que yo creía sentir en torno mío, llegué á sentirme enfermo. Me parecía hallarme en un sótano ó en una tumba, encerrado con dos seres extraños, tenebrosos y aterrorizantes como un abismo.

Sara Roel seguía fumando. La brasa de su cigarrillo llegó á parecerme una pupila misteriosa que me vigilaba. Llegó á parecerme una gota de sangre. Le tuve miedo á aquella brasa.

Qué tontería, ¿verdad? Tener miedo; este miedo estúpido, enfermizo, que ni siquiera está inspirado por un hombre, sino por una brasa!

Y, sin embargo, yo sé muy bien que todos vosotros, en momentos de sensibilidad extrema, habéis sentido miedo en vuestra cama, en la obscuridad de vuestro cuarto, pensando en la cornucopia de un armario ó en el relámpago trágico de vuestro espejo.

Y si no habéis sentido nunca este miedo, compadezcó vuestra normalidad. El sentir miedo es un gran placer. Un placer que da miedo sentirlo.

El coche seguía rodando.

Al cabo de mucho ó poco tiempo, no sé—¿quién sabe el tiempo que pasa cuando sueña?—, Balbourny rompió el silencio. Poniendo su mano helada sobre mi frente ardiendo, me preguntó:

—¿Me vais á contestar á lo que os pregunte? Sé que estáis en un momento de sinceridad.





Aunque quisiérais mentir, no podríais. Sólo os pido que me respondáis. ¿Qué opinión habéis formado de mí?

Yo respondí sin vacilar:

—Creo que sois un loco.

—Yo creo lo mismo—dijo Balbourny.

Y continuó:

—Siento en mí un descentramiento fundamental que merece el nombre de locura. Yo no tengo anomalías pequeñas; pero soy víctima de una anomalía enorme, de una obsesión que invade toda mi vida: la obsesión del peligro. Yo vivo sometido á la influencia de algún planeta trágico desconocido. Quizá algún día se descubra la fuerza hertziana contenida en la órbita de ese planeta inédito.

Callamos. El coche seguía rodando.

Sin poderme contener, pregunté:

—Y del asesinato del duque, ¿qué me decís, ahora?

—Esa muerte fué otro efecto de mi amor ancestral á la tragedia. Lo maté... porque sí. El duque era un tipo admirable para ser muerto de ese modo.

—Entonces, engañásteis al ruso del Báltico. ¿No sois nihilista?

—Lo sería con gusto, porque en serlo hay un peligro; pero de corazón, no lo soy.

—Entonces, quedamos en lo dicho: sois un loco.

El coche, en aquel momento, comenzaba á subir por la montaña de Belleville.

¿Qué alegre, qué risueña es la montaña de Belleville en los meses de primavera y de verano; pero qué triste y qué fría en aquella noche!

Por lo empinado de la cuesta y la helada que estaba cayendo, las ruedas del automóvil comenzaron á patinar. Para evitar su despeñamiento, sonaron primero todos los frenos. Después, y en el mismo punto, el conductor soltó los frenos y abrió el regulador. El coche dió una sacudida tremenda. Se oyó un ruido sordo, interior. Indudablemente, el motor amenazaba con estallar.

Nos bajamos.

Balbourny, Sara Roel y yo, comenzamos una peregrinación. Calles oscuras, tenebrosas, solitarias. Ni una sola puerta abierta, ni una luz. Nuestros pasos resonaban en la noche.

Ante una casa aislada, de un solo piso, Balbourny se paró. Abrió la puerta, sin llamar, y entramos.

Nos recibió arriba una mujer muy vieja; al poco tiempo, sanó á saludarnos una mujer casi niña. La temperatura artificial de la casa era deliciosa, y la niña, con soberano impudor, mostraba un descote grande, cuadrado, que dejaba á la vista dos pechos redondos, duros y bronceados.

La niña sólo hablaba inglés. En este idioma, Balbourny le dió una orden. La niña desapareció.

—Pero, ¿qué significa esto?—pregunté.—¿Quién vive aquí y á qué hemos venido?

—Hemos venido—respondió Balbourny—á presenciar un espectáculo que no tiene par en el mundo. Vosotros habréis oído hablar de los célebres cuadros plásticos de la Raquel, en Viena; de los del judío Levi, en Londres; de los de L'Inferno, en París. Pues los mejores cuadros plásticos del mundo, se hacen en esta casa del barrio de Belleville. Vais á ver.

Esperamos. Balbourny fumaba con indiferencia.



Sara Roel, con su traje masculino, de frac, se balanceaba indolentemente en una mecedora: parecía un jovencito infernado por los venenos de Oriente; y que ya no sentía ningún estremecimiento ante el anuncio de otros placeres por novísimos que fueran.

Al poco rato apareció nuevamente la niña inglesa, que nos hizo seña de que la siguiéramos. Nos condujo hacia el fondo de la casa.

Y en una estancia amplia, inmensa, iluminada débilmente, con las paredes y el suelo tapizados de rojo, asistimos á una sesión de cuadros vivos, reproducción, algunos de ellos, de lienzos célebres, y representación otros de escenas inmortales de la Historia.

El muro del fondo, que estaba representado por un gran paño de terciopelo rojo, desapareció. Se presentó á nuestra vista, en decoración de papel, maravillosamente interpretada, la célebre ciudad de Babilonia. Por medio de un reflector oculto, una faja de luz azulada ceñía la ciudad dando la impresión de aquella famosa muralla de quince leguas, abierta por cien colosales puertas de bronce. Otro reflector azul, de un azul mucho más luminoso que el de la muralla, de un azul con reflejos plateados, fingía el cauce del Eufrates. Los jardines en terrazas, los árboles inmensos, las calles, las plazas inacabables como llanuras, todo lo que hace famosa, á través de los siglos, á aquella ciudad de la antigüedad fundada por Semíramis, aparecía en la decoración insuperablemente presentado. Pero lo que desde luego no admitía comparación posible con nada, por su belleza, era el cielo. El cielo de la decoración era bellissimo, inmenso, azul, cuajado de astros, de unas lejanías tan bellas y misteriosas como las del cielo mismo. Se veían perfectamente las constelaciones: Casiopea, Orón, Centauro... Los millones de lucecitas parpadeaban sin descanso. La luna, solitaria, resplandecía como un trozo de metal incandescente. Las pupilas se enterraban en aquella inmensidad que semejaba un telón de seda azul por el que resbalaban, como juguetes, los astros. Yo estaba encantado de aquella maravillosa ficción, cuando, paulatinamente, el decorado se oscureció. Se hizo la obscuridad absoluta. Volvió progresivamente la luz, y una claridad lunar, incierta, muy bella, gocé de la hermosura de unos paisajes extraños, quizá únicos. Abrasados arenales como los de Lybia y Arabia; llanuras rojizas como las de Egipto. Y al través de aquellas tierras, en desfile fantástico y teatral, un ejército imponente por su número y su armamento. En seguida comprendí lo que significaba aquello. Eran las conquistas de los guerreros de Semíramis.

No había yo acabado de gozar por completo de aquella encantadora resurrección histórica, cuando la decoración se oscureció. Volvimos otra vez á la obscuridad. Pero cuando de nuevo acudió la luz, ya no nos hallamos ante la mentida belleza de una decoración; se presentó ante nosotros la cámara suntuosa de Semíramis, y de carne y hueso—lo afirmo porque me consta—vimos á la bella, á la absurdamente bella reina de Babilonia.

Yo he vivido plenamente, por lo menos una hora, en el año 1780 antes de Jesucristo. En aquella casa de las alturas de Belleville yo he alternado con la reina Semíramis. Me diréis que no es posible, que desde la desaparición del reino de Babilonia hasta mi nacimiento, pueden contarse, por lo menos, treinta siglos. Bien; pues yo, sin negar eso en principio, afirmo que en una noche del año 1907 de la Era cristiana, estreché entre mis brazos á la auténtica reina babilónica.

¡Que no es posible! ¡Que la historia se opona á

que sea verdad este sueño! Cuando la historia se opona á nuestros sueños no debemos repetirla.

Aquella reina de Belleville, como la otra de Babilonia, tenía los ojos y la cabellera negros y brillantes como la pez ardiendo; el pecho, el vientre, los muslos, de línea impecable y de piel bronceada; los pies, menudos y jugueteros, tenían reflejos de bronce dorado á fuego, como algunas rosas de los incomparables rosales de Ceylán.

He hablado poco de los ojos de aquella hermosura. Eran negros, con relámpagos siniestros, de leve luz sulfúrea como los reflejos del acero bien templado. La córnea, verdosa. La pupila, inmensa, dilatada. En aquellos ojos, á pesar de ser muy bellos, había algo del poder misterioso de los saurios. No atraían aquellos ojos solamente por ser bellos, atraían porque en ellos residía alguna fuerza oculta que los hacía invencibles con el poder milagroso de los venenos de Oriente.

Y no vi más cuadros plásticos. Lo siento ahora porque no puedo relatarlos.

Pasé el resto de la noche en la cámara de Semíramis.

### En el bosque de Bolonia

A los dos días de haber presenciado la sesión de cuadros vivos en Belleville, nos ocurrió en París una aventura que voy á relatar. La aventura es sencilla como un cuento, como una fábula. Su protagonista fué un niño de poco más de diez años. Lugar de la acción, el bosque de Bolonia. Hora, la del atardecer.

Veréis qué escena.

Caminábamos por un blanco sendero del Bois, Sara Roel, Balbourn y yo.

Había sido el día claro, esplendente, pero frío. Con los rayos del sol, moribundos, la temperatura había sufrido un gran descenso. El cielo, por caso extraordinario, quizá único en París, era de color azul cobalto. Los árboles recortaban su esqueleto con absoluta precisión. El frío era tan intenso que, con la epidermis acorchada, se hacía uno el efecto de caminar bajo la presión de una gran máquina neumática.

Sara Roel caminaba delante de nosotros—ya perfectamente hecha á su traje de hombre—envuelta en un holgado gabán de pieles de marta. Sobre el cuello del gabán, y bajo la chistera, flotaban unos rebeldes rizos de oro que prestaban un encanto singular á aquella cabeza lírica y juvenil.

Balbourn se hallaba en un buen día. Todo le parecía admirable.

Caminábamos los dos admirándolo todo: los árboles; el césped; los senderos de arena blanca; los trenes lujosos que cruzaban á lo lejos; los potros de las más finas castas que caracoleaban como en una fiesta mora; la puesta del sol en la lejanía, recortada por la refracción de la atmósfera, una puesta de sol fría, metálica, sin halo, enfocada oblicuamente hacia arriba en forma de embudo de oro.

Dejábamos alguna vez de admirar el paisaje y los grupos lejanos para fijar nuestra atención en la figura de Sara Roel.

Balbourn daba una voz:

—Sara.

Sara se volvía sonriente, con la cabeza inclinada, buscando el calorillo del gabán.

—Muy bien—le decía Balbourn—. Pareces un joven príncipe que pasea de incógnito, agobiado aún por los grandes asuntos de su reino.

Y, en verdad, que esa era la impresión que



producía la figura de Sara. Aquel jovencito de bucles de oro, mirada clarísima, confiada, frente melancólica, ojeraz finísimas de raya azul, hacia el efecto de que acababa de abandonar su trono allá en algún país escandinavo, y no lograba esconder la suprema elegancia de su augusta estirpe bajo las pieles del gabán parisiense. Había algo misterioso, triste, melancólico, en el rostro supremamente bello de aquel joven. Había algo de príncipe de leyenda en aquella figura: un poeta lo hubiera detenido para preguntarle:

—Señor, ¿sois vos acaso príncipe de Dinamarca?... ¡Os parecéis tanto á aquel príncipe Hamlet que murió enloquecido por la Desventura!...

Pues bien. En nuestro paseo, hubimos de llegar Sara, Balbourny y yo al punto de confluencia del sendero que llevábamos con otro mucho más ancho. Por él avanzaba un niño mendigo, bohemio, que desde luego reclamó nuestra atención. Era esbello, vigoroso; tenía una melena crespa de hilos de azabache, ojos negros brillantísimos, facciones fieras y nobles. Se tocaba con un sombrero tirolés, y llevaba al costado un pandero tan viejo, que el pergamino y la madera, tostados por el tiempo, parecían de bronce y ámbar.

Desde luego reconocimos en aquel niño á un representante de esos espíritus bravíos, valerosos, inquietos, que nacen en las tierras que se extienden desde los Alpes dináricos hasta los Alpes de la Transilvania. Aquel niño era un eslavo; servio, válaco, búlgaro, un ciudadano de cualquiera de esos países que tienen siempre su más brillante prisma espiritual vuelto hacia el sol de Asia.

El niño se acercó á nosotros.

Nos detuvimos á contemplarlo.

No nos entendíamos. Hablaba un idioma absolutamente desconocido para nosotros.

Balbourny le habló en francés, en inglés, en ruso. El niño respondía en un idioma que debía ser el turco. Solamente logramos entenderle dos palabras, sin sentido, en inglés.

Balbourny le ofreció unas cuantas monedas de plata que el niño aceptó sonriendo.

Cansados ya de oír hablar en un idioma fantástico, decidimos despedirnos.

Pero antes, Balbourny, iluminado repentinamente por su gran intuición, halló el medio de saber á qué país pertenecía nuestro amigo.

Recitó, en sus idiomas naturales, las poblaciones que recordaba de la Bosnia y la Herzegovina, Servia, Valaquia, Rumanía y Bulgaria. A medida que Balbourny avanzaba en su recitado, el rostro del pequeño se animaba.

Cuando Balbourny, después de nombrar muy despacio á Imoschi, Stolaz, Nish, Plevna, Magureli, al llegar á Campulang el niño dió un grito de alegría.

Balbourny rió también con satisfacción. Ya sabíamos dónde había nacido nuestro amigo: en Rumanía, Alpes de Transilvania, Campulang.

Balbourny, para despedirse dignamente, expresó al rumano nuestras nacionalidades respectivas.

—Este señor—dijo refiriéndose á mí—es español.

El rumano se encogió de hombros sin comprender.

—Este joven—señalando á Sara Roel—es francés.

—Y yo, yo no sé bien de dónde soy, solamente sé que quisiera ser inglés.

Al oír esta última palabra pronunciada en su idioma natural puro, por Balbourny, el rumano quedó un momento pensativo.

Luego, con el gesto y la voz del que al mismo tiempo que habla quiere recordar algo, el eslavo repitió:

—¡Inglés... Inglés!...

—Sí; inglés—repitió Balbourny.

—¡Ah!—respondió el rumano.

Y quitándose el sombrero, exclamó:

—¡Shakespeare!...

Jamás he podido comprender cómo un niño rumano, mendicante, en París, perdido en el Bosque de Bolonia, sabía el nombre de Shakespeare. Y lo entiendo menos todavía si pienso que aquel niño, al nombrar al genio unigénito de Inglaterra y quizá del mundo, lo hacía con tanto respeto, que su negra y crespa melena, al verse libre del sombrero tirolés, flotaba como una nubecilla, mejor, como las alas de un pájaro, ya un poco cansado de volar.

Aquel ¡Shakespeare! en labios de aquel niño, fué un poema de pasión. Jamás el nombre del poeta inglés fué pronunciado con más amor. Yo de mí sé decir que oí un día la palabra ¡Shakespeare! de labios de Iryinghn; en otras ocasiones oí decir ¡Shakespeare! á Sara Bernhardt, á Georgette Leblanc, á Metterlink. Esa palabra siempre causa en mí el efecto de un conjuro. Pero nunca me produjo tanta emoción como en aquella tarde y en boca de aquel niño.

Quizá influyera en mi ánimo la hora y el lugar, la ocasión. Nada niego. Sólo afirmo que aquel atardecer en el Bosque de Bolonia guarda para mí el encanto de un recuerdo imborrable.

Y tampoco olvidaré nunca la aparición de aquel desgraciado niño eslavo, desgraciado como su raza, que hizo cierto día un alto en su vida errante para decirme á mí que conocía y amaba á Shakespeare.

Desde aquella ocasión amo profundamente á Campulang y á Rumanía. Y pienso mucho en el día de la liberación definitiva de la raza eslava.

## Un desfile

Los jóvenes soñadores que viven diseminados por todas las latitudes de la tierra, seguramente se han prometido á sí mismos no morir sin asistir en Roma al estreno de una tragedia de D'Annunzio oír leer á Rostand y presenciar en París, en un atardecer, el desfile de la concurrencia al Bosque de Bolonia.

Yo he presenciado uno de esos desfiles, teniendo á mi lado un guía incomparable: Balbourny. Y, en verdad, es esa una hora que no se olvida. En ella reviven, toman cuerpo todos los sueños dorados y ambarinos que dormitan en el fondo de los cerebros fantaseadores. ¿Quién no ha soñado alguna vez con presenciar el paso de un cortejo de príncipes de leyenda, de monarcas auténticos, de cortesanas, de poetas famosos, de escultores, de pintores, de literatos, de músicos? ¿Quién no ha soñado con ver á Sara Bernhardt allá en el fondo de su litera moderna, ó en ver pasear al lado de uno la figura corta y ancha, el rostro bíblico de Rodin; la figura pálida, espectral de Bjoershom; el rostro de Cristo rubio del explorador sueco Norjdeskjol; el cuerpo de gracia helénica de Lianne de Pugí?

Yo, no solamente he visto todo esto, sino que lo he visto al atardecer, envuelto en la luz violeta del crepúsculo. A este cortejo fastuoso, del cual yo solamente quería ver la gloria, lo aureolaba la luz y el aspecto suntuario de la decoración. El sol, casi extinguido; el cielo, azulino, con ráfagas doradas como un dosel asiático; al fondo, los árboles del Bosque; y corriendo ante mí, por la carretera abierta, hacia el Arco del Triunfo, aquella muchedumbre cosmopolita, aquel río de fuentes más laberínticas y ocultas que las del Nilo, aquel río cuyas ondas amena-



zaban con saltar de su álveo y desbordarse y anegar las riberas, y ahogarlo, arrasarlo todo.

Yo he visto en aquel desfile de la concurrencia al Bois de Boulogne, un curso de todas las civilizaciones. Pasó al galope de seis incompares caballos de Numidia, un joven envuelto en blancas vestiduras orientales, pálido, con ojeras profundas, ojos espantados, todo córnea, gesto de amargura; con una mano más blanca que sus vestidos se acariciaba la frente ardorosa. Aquél era un joven rajá indio, que, á pesar de haber nacido entre las sectas adoradoras del sol, sucumbía á la temperatura del horno crematorio de París. La civilización de Europa lo asfixiaba.

Casi á su lado pasó otro gran señor de Oriente, otro de esos príncipes de leyenda que regalan á sus queridas de Occidente saquitos de esmeraldas y que ofrecen á sus amigos liberalmente alfanjes y cimitarras y troncos de caballos árabes. La figura de este príncipe era imponente. Vestía también á la oriental, pero sus facciones eran duras y guerreras, sus pupilas negras, incendiadas: un bronce animado. No iba erguido; en el fondo de su coche, agazapado, con los antebrazos apoyados en los muslos, la cabeza avanzada, parecía uno de esos felinos superiores que acechan inmóviles á su presa para caer de un salto sobre ella y desgarrarla. Aquella figura era un poema: el poema de las selvas de Bengala, con sus árboles milenarios, tan altos como catedrales modernas; con sus tigres de gargantas tan poderosas como órganos; con su sol, de rayos de ámbar filtrados por las cúpulas de ramaje; con sus grandes serpientes de oro y grama, con sus tormentas súbitas y atronadoras y con ese fuego interior que nace del sol de Asia, del cual se forma esa centella de la India que en su breve vida ilumina todo un bosque.

Detrás de aquellos dos señores de Oriente marchaba una carroza anunciadora de un gran circo francés. Dentro iba un célebre domador de leones, de torso inmenso, de cabeza voluminosa y bella, blanco, rubio, de ojos grises, tan claros, que, á distancia, aquellos dos globos oculares parecían dos discos de metal. El domador—se podía asegurar—era sueco ó dinamarqués ó noruego, de cualquiera de esos países que se acercan al Boreax. Y esto nos lleva de la mano á pensar en un hecho extraño: el nacimiento de los domadores célebres se halla repartido por igual entre las más contrarias latitudes de la tierra; los mejores domadores de fieras han sido siempre ó noruegos ó africanos. Este hecho solamente me lo explico por la teoría negativa de los matices. La vida afirma ó niega, nunca duda. Los dos puntos de la tierra más amados por el sol, los que con más fuerza le obsesionan son los dos polos, y como el sol no puede nunca acariciarlos en línea recta, toma una dulce venganza en imponer cierta hermandad trágica á sus hombres: ese reflejo solar que produce pupilas incandescentes de domadores en el Cairo, las produce también en Cristianía. Esos domadores del Norte y del Sur son una venganza del sol: he ahí el secreto.

En un automóvil, rápido como una flecha, desfilaron cuatro ciudadanos japoneses, menudos, limpios, bruñidos como las figulinas de marfil asiáticas. Sus ojos sagaces sonreían ante todo aquel cortejo de mil colores.

Al lado de los japoneses rodaba una góndola charolada, arrastrada por dos caballos rusos. Dentro iba una bella cortesana española, joven, casi desconocida, de tez morena y ojos negros adormecidos; el rostro de aquella Reina del Albaicín llegaría en breve á ser célebre en el mundo porque tenía todo lo que necesita una cortesana para imponerse y triunfar: bella, implacable-

mente bella, nace en toda nación y cada década de años una mujer; pero la celebridad, para rendirse, le pide á una cortesana algo más que belleza, le exige que su cara y su cuerpo sean el poema de una raza. Y la belleza de la Reina del Albaicín era suprema, impecable é implacable; aquella mujer hubiera sido digna de enredar su mano izquierda en la melena de Espronceda y de destrozar para siempre la medula de Byron.

Siguiendo á la española, cortejándola, iba un jinete, un hombre vulgar, ni más inteligente ni más imbécil que los otros, ni más guapo ni más feo que los demás, un idiota cualquiera, pero que le llevaba á los demás la ventaja del caballo, un caballo capaz de lanzarse en carrera abierta, de noche, por los misteriosos arenales de Libia, sin sentir el más ligero temor ante las moles solitarias de las Pirámides. Aquel jinete imbécil era, sin duda, un representante de estas aristocracias modernas, degeneradas, hidrocefalas, cuyos individuos, para romper el incógnito que los asfixia, necesitan del honor que les prestan sus caballos y sus queridas.

Entre una nube de carruajes, ocupados la mayor parte por cortesanas y bailarinas, distinguí, derribado sobre los asientos de su *landeau*, á un famoso banquero, viejo ya pero hercúleo todavía. Un hércules Farnesio á la europea, apoplético, congestionado por el ron, inclinando el torso hacia adelante para respirar más fácilmente, y apoyando, sobre la bigotera del carruaje un puño ciclópeo que daba miedo. Aquél era un antiguo forjador de oro, derribado y vencido. Su vencedor podía ser muy bien otro banquero judío que cruzó á su lado, ó quizá otro banquero americano que pasó á lo lejos, los dos más jóvenes que él.

En un inmenso automóvil verde desfilaron varios militares europeos, de gala. A cierta distancia sus uniformes eran ridículos; á pesar del oro, no tenían más importancia que la pellica de un cartero ó la gorra galoneada de un recaudista.

Los uniformes japoneses son muy sencillos. También eran sencillos los trajes de Napoleón y Nelson.

Aparté los ojos de aquel terrible carro de guerra. Busqué de nuevo, allá abajo, al banquero vencido, y vi su cabeza blanca, erguida al pasar el coche rozando las aceras del Arco del Triunfo. Luego, centenares de coches pasaron rapidísimos, estruendosos, apretándose unos contra otros como si hubieran con temor de la noche que avanzaba contra ellos. La belleza del bosque desaparecía por momentos; su masa oscura parecía una amenaza.

En un momento, la gran avenida quedó casi solitaria. El silencio me emocionó. Yo esperaba sorpresas estupendas de aquel desfile. Y aparte de dos ó tres casos aislados, que me recordaron con su poesía las civilizaciones orientales, yo no vi en aquel desfile sino el cortejo alocado y acéfalo de esta Europa tan vieja y tan gastada que ya ni memoria tiene. París, el cerebro de Europa, un cerebro próximo á estallar como una caldera á excesiva presión. Europa, amenazada de muerte como la antigua Atlántida. Estas viejas civilizaciones del viejo mundo quizá ya no tienen vida, sino apariencias de vida. Aquella desnuda doncella, Europa, robada á grupos de un caballo cartaginés, ya es un monstruo milenario que, para abandonar momentáneamente su postura yacente, no le bastan las drogas heroicas, necesita recurrir á un cable eléctrico más ancho que el más viejo tronco de la Selva Negra.

Europa ha muerto. La nueva civilización vendrá del sol, vendrá de Asia.





### El hijo de un gran poeta

Un hombre tan extraordinario como Balbourny, forzosamente había de tener amigos extraordinarios también. Como Balbourny había viajado tanto, sus extraordinarios amigos se hallaban esparcidos por toda la tierra.

Un día, en París, en un garito, conocí á uno de los más extraños personajes que se pueden soñar.

Balbourny estaba poderoso de dinero; pero, para no romper abiertamente con su suerte, frecuentaba las casas de juego. Solía acudir con preferencia á una más tenebrosa, más trágica que las demás. Era una sala estrecha y alta, oscura, húmeda como un sepulcro. Olía á crimen. Las grandes manchas de las paredes parecían de sangre restañada. El techo era tan alto, que yo no logré verlo jamás á través de la atmósfera pesada de humo de tabaco. Aquella sala carecía de eco. Si tosía un jugador, el sonido era seco como un tiro. La raqueta, al recoger las monedas, producía ese sonido especial de las grandes navajas al cerrarse. El ambiente olía á opio. A los pocos momentos de hallarse en aquel lugar, se sen-

tía uno embrutecido. Había allí la calma funeral que debe de cernerse sobre un campo abandonado donde acaba de reñirse una gran batalla. Sólo que los muertos de aquella sala misteriosa llevaban la muerte escondida; exteriormente tenían una vida aparente: pestañeaban y movían los labios como podría hacerlo un muerto galvanizado.

Balbourny jugaba en aquella sala.

Un día, al entrar, Balbourny se separó de mí para ir á colocarse en un ángulo de la mesa. En la mitad del camino lo detuvo un jugador.

El jugador y Balbourny se abrazaron. Comenzaron á hablar, pero la voz de un banquero les ordenó callar. Salieron entonces de la estancia para dirigirse á otra. Balbourny me llamó y los tres juntos nos instalamos en una habitación amplia y desnuda. Una ventana inmensa: al través de sus cristales color de ámbar se veía un jardín en ruinas cubierto de hiedra y jaramago. No había nadie en el jardín; pero á mí se me antojó ver entre los arriates á un fraile capuchino como aquel monje de piedra que se conserva todavía en un célebre jardín de los alrededores de Roma.



Balboury y el jugador hablaban sin descanso. Me dejó impresionado la figura de aquel hombre que podía ser muy bien un descendiente de aquellos piratas de Alejandría y Chipre, que tantas veces tiñeron de sangre el Mediterráneo.

—Diez años sin vernos, chico. ¡Qué cambiado estás!—decía Balboury.

—Tú, no; tú no has cambiado nada. Tienes un aspecto muy original. Parece que estás saliendo de la adolescencia.

Y el jugador comenzó a relatar su vida. Era admirable. ¿Verdad que hay hombres que sólo en una hora de conversación os hacen asistir al espectáculo de toda una existencia? Así era aquél. Hablaba con una velocidad que daba miedo. Rompía á veces las palabras para correr con mayor rapidez. La vida de aquel hombre pasaba ante nosotros con la velocidad de una locomotora. Su vehemencia, como ya he dicho, asustaba. Pero, á pesar del incendio de sus ojos, algo había en aquel hombre que nos daba derecho á creer que era un farsante.

Lo era indudablemente. Era un gran farsante aquel pirata levantino. Tenía una elocuencia exacta á la de Blasco Ibáñez. Y como el gran novelista valenciano, tenía también un espíritu que deslumbraba.

Fué un gran acierto mío aquel de encontrarle semejanza física y moral al jugador con Blasco Ibáñez. Idéntico espíritu mediterráneo, la misma cálida elocuencia, los mismos ademanes tribunicios, y el mismo gesto, idéntica sonrisa falsa y sensual. Aquel hombre extraordinario hubiera sido capaz de inmortalizarse trazando ese poema de la raza árabe que se llama *La barraca*. Hubiera sido desde luego un asombroso novelista, y era también un gran farsante. Lo mismo que Blasco: hebreo y moro.

Vosotros, los que conocéis á Blasco Ibáñez como novelista, ¿no sabéis quién es como orador? Es lástima. Blasco, en la tribuna, mete miedo. Arrastra násta á sus enemigos. Las muchedumbres valencianas saben mucho de los arrebatos oratorios de Blasco.

Para ser un gran novelista ó un gran orador moderno, es absolutamente preciso ser un gran farsante ó estar un poco loco. Lo digo yo y basta.

A la media hora de conversación, Balboury refrenó con un gesto la elocuencia de su amigo, y reposadamente le preguntó:

—¿Tu, cómo andas de dinero?

—Muy mal; no tengo ninguno.

—¿Piensas tenerlo pronto?

—Jamás.

—Está bien—concluyó Balboury—. Desde hoy formas parte de mi caravana. Te advierto que andamos huídos: he cometido un crimen en Rusia. La policía nos perseguirá de un instante á otro. Conque... valor y prudencia.

El amigo de Balboury á poco se vuelve loco de alegría.

—Pero ¿de verdad nos va á buscar la policía? ¡Chico, esto es encantador! Y andaremos á tiros, ¿verdad? Hombre, me alegraría que nos persiguieran en automóvil. No creas tú que una persecución á tiros, en auto, resultaría fea. Sobre todo por una carretera llana. ¡Ah!, te advierto que soy un tirador invencible á arma de fuego. La carabina me gusta poco. Pero con arma corta hago blancos maravillosos. Soy capaz de poner mi nombre á tiros, desde la calle, en los vidrios más altos de una torre.

—Bien, bien—contestó Balboury—. Cuento contigo. Necesitábamos un auxiliar de tu categoría.

—Bravo; de mi categoría. ¡Extra! Estoy asustado de lo valiente que soy. En el Desierto de Libia soy una celebridad entre los leones. Para

cazar un tigre no necesito ni retener la respiración. Da el tigre el salto, y yo estoy normal: ni una pulsación más por segundo. Yo soy el hombre estupendo de los naufragios: ese hombre que—por ejemplo—en pleno remolino de las aguas en el Océano, en pleno hundimiento del barco, mira alrededor con tranquilidad, sin que le asuste el terrible espectáculo, como si la muerte fuera una anigua querida suya, ya abandonada. Yo así lo experimento; lo juro. No sólo no me da miedo la muerte, sino que la miro con cierta fraternidad. Me es muy simpática; la quiero bien. Comprendo que á veces quizá resulte fatigosa. Pero no es de ella la culpa: hay que perdonarla. Es muy vieja. Además, la pobre está repitiendo el mismo espectáculo desde hace miles de siglos. Y, la verdad, ¡es tan difícil que la muerte pueda resultar ya original!

Balboury atajó con un gesto aquella catarata desbordada.

—Eres admirable, chico—le dijo—. Se conoce que procedes de un linaje de locos. Si tuvieras el cerebro mejor organizado, más fuerte, serías tan grande como tu padre, el cual—según confesó Verlaine—hubiera sido el primer poeta de Francia.

Al oír yo esto de boca de Balboury, pregunté: —¿De quién es hijo este caballero?

—¡Ah!—exclamó Balboury—. ¡Perdón! No os he presentado.

Balboury pronunció mi nombre, y luego, señalando al jugador, me lo presentó diciendo:

—Monsieur Rimbaud, hijo del célebre poeta y explorador francés Artur Rimbaud.

### Un duelo de Rimbaud

Una mañana, á los pocos días de conocer yo á Rimbaud, fuimos á comer juntos á la galería de máquinas. Nos instalamos en una mesa. Rimbaud, que estaba explicándome su gran invento de la construcción de barcos de cristal, enmudeció repentinamente. Me volví hacia él y le vi contemplando con mucha fijeza al célebre esgrimidor italiano duque de Mantua, que comía en una mesa cercana. El duque de Mantua es la encarnación viva del conde-duque de Olivares. ¿Recordáis el retrato que del conde-duque hizo Velázquez? El mismo rostro levantino, idéntica mirada de farsante. La nariz sensual, orgullosa y fiera. El duque de Mantua, como el famoso valido de Felipe IV, es casi jorobado. Existe una inarmonía que ofende entre el rostro y el torso del de Mantua. Aquella cabeza erguida y soberbia merecía otro soporte que aquellos hombros gruesos inclinados hacia adelante.

La desproporción es tan manifiesta, que Rimbaud quedó infantilmente contemplándola. El de Mantua se apercibió de ello y, alzando orgullosamente el rostro, clavó su mirada en Rimbaud. Este, cuando se dió cuenta, ya no pudo rectificarse.

Los dos estuvieron fijos un instante contemplándose. Rimbaud palideció un poco. El de Mantua enrojeció levemente.

El duque, alzando su voz de manera que todos pudieran oírle, gritó:

—Vous etez un sot, monsieur.

Rimbaud, avanzando un paso, escupió una sola palabra con soberano desprecio:

—¡Bufón!...

El duque se levantó y entregó su tarjeta. Rimbaud, al leer el nombre de su enemigo, se alegró visiblemente.

—Bravo; el duque de Mantua. Haremos un duelo más que internacional: un duelo de escuelas. Voy á demostraros las ventajas de mi mé-



todo de esgrima sobre las escuelas italiana, española y francesa. Ya veréis. La esgrima adelantaba muy poco. Y es porque los maestros son gentes sin beligerancia mental y sin cultura: gentes muy inferiores. Mi método de esgrima es estupendo: he dado en él una gran importancia a la imaginación. Quedáis emplazado, señor duque de Mantua. Os atravesaré el brazo derecho.

Recogí por París todas, absolutamente todas las noticias del de Mantua que pudieran interesar á Rimbaud. El duque era un hombre temible, tenía músculos de héroes, su agilidad era extraordinaria. Tenía el título de profesor de esgrima, obtenido brillantísimamente en la Escuela magistral de Roma, y si como tirador de salón era casi invencible, como duelista era de grandísimo cuidado por su extraordinario valor.

Cuando comuniqué estas noticias á Rimbaud, mi amigo ya tenía todo preparado: las espadas, los guantes, las zapatillas. Rimbaud iba á este duelo de condiciones gravísimas con idénticos preparativos que á un torneo.

A las once de la mañana del día siguiente, Sara Roel, Rimbaud, Balbourn y yo nos dirigimos en auto hacia la espléndida quinta de un poeta francés, en el Boulevard Batignols. Rimbaud llevaba sus espadas en una preciosa funda de piel de Rusia. Sus guantes, sus zapatillas, en un saquito de mano. No llevábamos médico ni botiquín. Para cubrir las apariencias, Sara Roel—el príncipe Hamlet—pasaba aquel día por ilustre médico noruego.

Llegamos á la quinta, pasamos al jardín. En él nos aguardaban los contrarios y una veintena de curiosos. Había enorme expectación.

Rimbaud desnudó las espadas. La representación contraria protestó. Las espadas eran brutales. Tenían aspecto medioeval. Las espadas del Cid y de Bayardo. Fueron escrupulosamente medidas las hojas y las cazoletas, y la representación contraria no tuvo más remedio que someterse. Las medidas eran reglamentarias. Lo que daba un aspecto tan temible á aquellas espadas era el puño torcido y granulado, la taza descentrada, y la hoja, no de acero, sino de hierro, ancha, rígida y sin brillo. La taza descentrada me hizo pensar en el invento del barón Athos de San Malatto. Este bravo duelista italiano ha adoptado para sus lances una espada semejante á la de Rimbaud. La cazoleta torcida le sirve para despedir, al girar solamente, la punta de la espada contraria.

Desde luego me sorprendió mucho y me interesó más la espada de Rimbaud.

Comenzó el duelo á la voz de Balbourn. El duque atacó primero. Su juego era maravilloso. Su finísima espada francesa parecía trazar un bordado invisible alrededor de la cazoleta de Rimbaud. Rimbaud, sereno, fijo, no encogía el brazo para acudir á la parada. Esperaba el ataque. Llegaba la estocada del duque: Rimbaud giraba la muñeca rapidísimamente, y la cazoleta descentrada trazaba su radio de defensa mucho mayor. Al mismo tiempo, la espada de Rimbaud amenazaba el pecho del duque. A la quinta vez de este mismo golpe, el duque varió de ataque. Hizo un ataque falso, alto, rectificó, batió fuertemente el hierro contrario y tiró una rapidísima estocada baja. Rimbaud, incommovible, avanzó rectamente contra el pecho del duque.

Entonces sucedió una cosa insólita, estupenda, tan extraordinaria, tan absurda, que difícilmente será repetida por ningún duelista. El duque, ya iniciado el ataque, al verse tan seriamente amenazado por la espada enemiga, retrocedió. Fué éste un prodigio de vista y de agili-

dad que nos dejó espantados. El primer sorprendido fué Rimbaud. Hasta entonces no se había dado cuenta éste de la categoría de su adversario.

Por unos instantes cambió el aspecto del duelo. Rimbaud, olvidando, indudablemente, uno de sus principios fundamentales, comenzó á atacar. El duque, primero, retrocedió. Pero luego, batiendo fuertemente el hierro contrario, empezó á tirar estocadas ceñidas. Rimbaud rectificó su error, y tornó nuevamente á la defensiva.

El duque se vió perplejo. Ya no supo qué hacer.

El combate adquirió unos instantes de tranquilidad.

Rimbaud, lleno de júbilo, empezó á gritar:

—Ese hombre está vengido. Miradlo: ya no sabe qué hacer.

—En efecto, así era.

El duelo se suspendió. Rimbaud fué seriamente amonestado.

A los diez minutos se reanudó el combate. Seguía la misma indecisión por parte del duque.

Aquella amenazaba convertirse en una pantomima. El de Mantua no se arriesgaba en un ataque serio. Tiraba solamente picotazos á la mano. Rimbaud, dejando caer su espada, se dirigió al juez de campo:

—Señor... ¿me permite usted que cambie de espada?

El juez consultó rápidamente, y concedió el permiso.

Rimbaud hizo seña á Balbourn. Este buscó entre las espadas una menos medioeval, y se la entregó á Rimbaud.

Era una espada de puño y cazoleta brutales; pero de hoja fina, de acero maravillosamente templado. Una espada mucho más ligera que la anterior.

El combate tomó un aspecto de verdadera fiera. Rimbaud atacaba como un león. El duque se defendía bien, y contestaba con bravura.

En un arranque bilateral los torsos se encontraron. Más fuerte el duque, despidió á su enemigo, y le tiró una estocada.

Rimbaud, sin acudir á la defensa, tendió rabiosamente el brazo. La estocada del duque pasó. Rimbaud, en cambio, cogió carne. El de Mantua, con una mancha de púrpura en el pecho, dió un paso atrás.

Hubo unos momentos penosos de silencio, de expectación. Un médico, inclinado sobre el pecho del duque, observaba atentamente.

El médico se irguió, y con una voz metálica sin inflexiones, dijo:

—La herida no es grave. La espada con que ha sido herido este caballero estaba despuntada.

En efecto. Rimbaud aún mantenía en la mano la espada. La hoja acanalada, brillante, tenía la punta cuidadosamente limada.

Rimbaud sonreía satisfecho.

—Miradme bien—decía—. He aquí el mejor tirador del mundo.

### La sombra de Rusia

Una noche, á los cinco días de la derrota de Mantua, salíamos Rimbaud, Balbourn, Sara Roel y yo de presenciar una representación de *Hamlet* por la compañía de Sara Bernhardt. Iba yo cohibido, enfermo, por la tristeza infinita del príncipe dinamarqués. Aún zumbaban en mis oídos las frases candentes del enfermo genial, cuando me sentí sacudido por una mano terrible, de acero. Me volví sorprendido y vi á Balbourn que se inclinaba sonriendo hacia mí.

—Calla—me dijo—. A unos diez pasos de ti, á la derecha, hay un hombre moreno, enjuto,



con aspecto de croata, que no nos pierde de vista. Enciende un cigarro y fíjate en él. Ya habíamos remos.

Seguí las instrucciones de Balbourny. En efecto, un hombre con cara de pájaro, á pocos pasos de nosotros, nos clavaba insistentemente sus pupilas brillantes. A retaguardia de él, como guardándole las espaldas, marchaba respetuosamente un gigante rubio, envuelto en un amplio capote gris. Al hombre que nos miraba con tanta insistencia, podría juzgársele, por su aspecto, albanés ó servio. Pero fijándose con detención en el gesto respetuoso de su acompañante, tenía que descubrirse en él al policía ruso que tiene á sus órdenes al cosaco licenciado de las orillas del Don.

Temblé.

La muerte del duque comenzaba á producir consecuencias. Indudablemente la policía moscovita de París conocía nuestro secreto y nos buscaba.

Volvi los ojos hacia Balbourny y lo hallé sonriente, sacudiendo con un gesto de suprema impertinencia la ceniza del cigarro. Pude acercarme á él y le pregunté, febril:

—¿Es un policía ruso? ¿Qué hacemos?

—Tú, nada. Tú harás bastante con acompañarme á mí. Ya verás.

Balbourny, con un movimiento rapidísimo pasó el revólver de la cintura al bolsillo izquierdo del gabán de pieles.

Llegamos al automóvil rojo. Balbourny empujó hacia dentro á Sara y á Rimbaud. Luego, sonriendo con un gesto de granuja de playa, dijo:

—Sarita, no me riñas. He hecho una conquista en el teatro y no me es posible perderla. Esperadme en el hotel.

Cerró violentamente la portezuela. Sara golpeaba el cristal reclamando más explicaciones. Balbourny dió al chafter una orden con voz seca y dura:

—Arranca violentamente. Al hotel.

El auto dió una sacudida tremenda que casi elevó del suelo las ruedas delanteras. Desde el borde de la acera vimos al coche correr como una bala, sorteando á maravilla los centenares de obstáculos que se le presentaban.

A pocos pasos de nosotros, á retaguardia, se hallaban los dos policías rusos.

Balbourny examinó detenidamente las gentes que se hallaban á nuestro alrededor. Tiró el cigarro, sacó luego otro, lo encendió, y sosteniendo á una cuarta de la cara la cerilla encendida, me dijo:

—Son dos nada más los policías. Tú procura que el gigante no me sujete por la espalda. Lo demás es cuenta mía.

Bajamos de la acera. Avanzamos. Sobre el asfalto, recién bruñido por la lluvia, resbalaban como relámpagos los reflejos de las farolas.

Balbourny se paró, muy contrariado. Sus tacones despedían chispas de agua que ensuciaban la campana impecable de sus pantalones.

Yo, comprendiendo su molestia, exclamé:

—Debemos tomar un coche.

—No es posible—contestó Balbourny—. Ya tengo trazado el plan para deshacerme de ese par de imbéciles.

Balbourny, encolerizado súbitamente, empezó á caminar con fuerza, como gozando en ensuciarse, metiendo los pies en todos los charcos que encontraba. Íbamos de prisa y rectamente á ganar la acera contraria. Los policías, ante aquella arrancada repentina, temiendo quizá una huida, avanzaron también. Llegábamos casi á la acera cuando Balbourny se paró instantáneamente como una bala que choca. Los policías, por la fuerza adquirida, llegaron tan cerca de nosotros que

Balbourny sólo tuvo que volverse para quedar frente á frente á ellos. La vuelta de Balbourny fué tan rápida que el policía-jefe, creyendo, sin duda, en la posibilidad de un ataque, se echó mano velozmente á la cintura.

Balbourny lo contuvo con un gesto.

—Calma, señor. Me rindo á la policía rusa.

El jefe ruso se inclinó imperceptiblemente, y Balbourny respondió, quitándose la chistera.

Quedamos todos un momento contemplándonos.

El policía, visiblemente acortado, preguntó:

—¿A dónde han ido los dos caballeros que se despidieron de ustedes á la salida del teatro?

—Al hotel Bristol.

—¿Son los cómplices que tuvieron ustedes en San Petersburgo?

—Yo no tuve cómplices—dijo Balbourny—. Para matar al gran duque no necesité de más ayuda que la de mi revólver.

—Está bien—respondió secamente el policía.

A una seña del gigante rubio se acercó á la acera un auto de alquiler. Abierta la portezuela, Balbourny subió primero. En seguida entró el jefe ruso, detrás, yo, y cerrando marcha, penetré, como un bloque inmenso, amenazando asfixiarnos con su masa, el cosaco licenciado de las orillas del Don.

Aún no habíamos acabado de acomodarnos, cuando la obscuridad que reinaba en el interior del coche se rasgó. El gigante había encendido una potente linterna eléctrica, con cuyo foco nos vigilaba, impidiéndonos ocultar el más leve movimiento. Balbourny, un poco sorprendido, sonrió. El auto comenzó á rodar muy despacio; el chafter esperaba órdenes.

El jefe ruso, poniendo la boca á la bocina, ordenó:

—De prisa; al hotel Bristol.

Los neumáticos sobre el asfalto hacían el mismo ruido que la seda rasgada.

Hubo un momento de silencio. El jefe, dirigiéndose al gigante, exclamó:

—Regístralos.

El gigante, sujetándose la linterna en el pecho, tendió las manos hacia Balbourny.

Este se dejó registrar, facilitando en cuanto podía la operación.

El registro no dió resultado alguno. Fué grande mi asombro cuando vi al gigante sacar la mano del bolsillo izquierdo del gabán de Balbourny sin haber hallado el revólver, que, indudablemente, estaba allí guardado.

Yo lo miraba asombrado. Balbourny sonreía como un abuelo patriarcal que juega á esconder una nuez con sus nietos.

—No lleva armas—exclamó el gigante con absoluta convicción.

—Es raro—contestó el jefe.

—No es raro—respondió Balbourny—. Las armas las lleva siempre mi secretario.

En efecto. Mi asombro fué extraordinario al ver que el gigante rubio, al registrarme á mí, me sacaba del bolsillo el revólver que momentos antes, en la puerta del teatro, yo había visto en manos de Balbourny.

Yo no me explicaba aquello.

Balbourny reía como un muchacho.

—Os asombra, ¿verdad?—decía—. Pues ya veréis; habrá más sorpresas todavía.

El gigante rubio y su jefe comenzaban á sentirse molestos. Sin duda se veían delante de un hombre mucho más inteligente que ellos.

Llegamos al hotel Bristol.

En la puerta se hallaba nuestro automóvil rojo. Subimos en dos grupos, sencillamente, para no llamar la atención de los criados. Sin embargo, el aspecto del cosaco produjo alguna curiosidad.





Al entrar en nuestras habitaciones, Rimbaud, ante una taza de te humeante, explanaba ante Sara Roel una de sus maravillosas mentiras.

Balboury hizo la presentación.

—Señores, estamos á las órdenes de la policía rusa.

Sara levantó el rostro, más pálido que la luna.

Rimbaud no hizo caso; para él, aquella presentación no valía el trabajo de pestañear.

El jefe ruso nos mandó á Balboury y á mí retirarnos á un ángulo de la habitación. Delante colocó á Sara y á Rimbaud. Volviéndose hacia el gigante, pero encañonándonos antes con un enorme revólver de Eibar, soltó su frase sacramental:

—Regístralos.

El cosaco dió un paso al frente; pero Rimbaud, colocándole una mano en el pecho, contestó:

—No se moleste usted, señor gigante; á mí no me registra nadie.

El gigante pretendió coger por la muñeca aquella mano que le apoyaban en el pecho; pero Rimbaud apartó el brazo velocísimamente, y el co-

saco hizo en el aire un movimiento inútil, como si cazara moscas.

Rimbaud soltó una carcajada. El cosaco enrojeció.

Hubo un momento de silencio absoluto, al cabo del cual se oyó la voz del jefe ordenando á Rimbaud que se dejase registrar.

Rimbaud creyó llegado el momento de hacer uso de su mala educación, y respondió:

—No me da la gana. ¡Ea! ¡Muera la policía rusa!

El gigante dejó caer sobre Rimbaud una de sus zarpas. Rimbaud dió un salto prodigioso de costado y dejó un par de metros entre el policía y él. En aquel momento Balboury, atropellando á Sara Roel, dirigió un golpe recto, espantoso, contra la garganta del jefe ruso. El policía se desplomó hacia atrás; en el aire, Balboury le arrebató el revólver, y con la culata le dió un golpe terrible en una sien. El jefe quedó inmóvil en el suelo.

Balboury se volvió todavía, agachado, y encañonó al gigante rubio. El cosaco ya había saltado sobre Rimbaud. Los dos luchaban en silencio, desesperadamente. El gigante encima, agobiaba con su peso y su fuerza á nuestro amigo.

Balboury apoyó el revólver en la sien del policía y le intimó la rendición:

—Suelta, suelta, ó disparo.

—Dispara—contestó el gigante—. A éste ya le falta poco tiempo de vida.

Balboury vaciló. Si disparaba atraería sobre el cuarto la curiosidad de los huéspedes cercanos, y, en tal caso, sería la huida imposible. Si no



disparaba, Rimbaud entregaría su vida entre las manos del cosaco.

Balboury se echó hacia atrás, se arrancó violentísimamente el frac y lo arrolló al revólver, que sostenía en la mano.

Luego, tomando impulso, aplicó al gigante una patada, como un tiro, en un costado.

El policía cayó contra la pared, y á la violencia del golpe se le desprendió de la cintura un puñal cosaco. El ruso se lanzó á él para recogerlo. Pero Balboury no hizo más que tender el brazo y le asestó un balazo en el cráneo. El ruido de la explosión quedó apagado por la envoltura de tela. El cosaco cayó de boca, y quedó su enorme masa inmóvil bajo el capote gris, como envuelta en la piel de un elefante.

Luego Balboury, serenamente, sin la más ligera nerviosidad, comenzó á hacer los preparativos de huida.

Era asombrosa la tranquilidad de aquel hombre. Yo no podía acostumbrarme á ella. Cada hora, cada minuto, me proporcionaba una nueva sorpresa. Luego, aquella cara perfecta, minúscula, de adolescente inglés, contribuía á asombrar más á uno.

Balboury cambió de traje. Ayudó á Sara Reel á mudarse el suyo. Volviéndose hacia mí, dijo:

—Hazme el favor de bajar en seguida y ordena al chauffer que antes de una hora se halle á la puerta del hotel con el más poderoso automóvil de camino que pueda encontrar.

Bajé á cumplir el mandato. Cuando subí encontré á Rimbaud sentado, con el rostro granate y la mirada vaga, pretendiendo entender una discusión que sostenían Sara y Balboury.

Sara, pálida como un espectro, se producía con indignación:

—No consiento que lo mates, ¡ea! Es demasiada sangre. ¡Repugna, ya!

—Pero, escúchame, niña. Si dejamos vivo á este hombre—decía Balboury, señalando al jefe ruso, derribado, sin sentido—, será una amenaza constante contra nosotros. Es necesario matarlo. Es el único policía que nos conoce; es la sombra de Rusia que nos persigue. Si él vive, nuestra seguridad será muy relativa. Será para él una cuestión de honor el cazarnos. Yo, de mí respondo; pero ¿estáis vosotros muy seguros de no dejaros coger? Es por ti, Sarita, por quien ese hombre debe morir. ¿No lo creéis vosotros así?

Rimbaud soltó un gruñido irracional, que Balboury tradujo por una aprobación; yo afirmé rotundamente.

Para mí, Balboury, cuando se ponía á argumentar, siempre tenía razón.

Sara calló, medio convencida. Balboury empuñó el revólver y tornó á envolverlo cuidadosamente en el frac. Antes de tender el brazo, Balboury hizo este razonamiento supremo:

—Si este hombre fuera un bandido albanés y nosotros los dueños de un castillo asaltado, el que yo matara á este bárbaro sería, sencillamente, una medida previsora. ¿Por qué? Porque si yo no lo matara, podría él, más tarde, matarme á mí. Pues supongamos que París es Albania, y que nosotros, en pleno monte, defendemos lo nuestro. Esta es la vida.

Y Balboury, tendiendo el brazo, destrozó de un tiro la frente del jefe ruso.

El disparo entre la envoltura del frac, hizo el efecto extraño de un suspiro.

.....  
Eran las tres de la madrugada.

La plaza Vendôme presentaba un aspecto muy bello: solitaria, silenciosa, con sus grandes farolas reflejándose en el suelo húmedo, brumado como una gran lámina de metal. En el centro,

la columna Vendôme se erguía imponente en su munda y eterna contemplación del infinito.

Oímos rodar un auto, que paró á la puerta del hotel. El silencio de la noche quedó interrumpido por la respiración fatigosa del motor.

Sara abrió el balcón y entró diciendo:

—Vamos; ahí está el coche.

Balboury arrastró el cadáver del jefe ruso hasta colocarlo junto al del cosaco. Luego, con el puñal del gigante, arrancó la tapa de un baúl de camarote, y colocó el baúl como un fanal, sobre los cadáveres. Encima colocó un gran florero que había sobre la chimenea, coronado de rosas de Ceylán.

Apretó el botón de un timbre.

Balboury preguntó al criado:

—El «maitre d'hotel» ¿duerme?

—No, señor.

—Hágame el favor de avisarlo. Le espero aquí.

A los pocos momentos se presentó el «maitre».

Balboury, señalándole el baúl de camarote, le explicó:

—Nosotros partimos ahora mismo para Saint-Cloud. Tardaremos cuarenta y ocho horas en volver. Le ruego á usted que nadie entre en este cuarto; guardo en ese baúl unos aparatos de física delicadísimos que al menor choque sufrirían gran quebranto. ¿Comprende usted?

El «maitre» se inclinó respetuosamente.

Balboury continuó hablando:

—A nuestro regreso arreglaremos cuentas. Por de pronto, hágame usted el favor de guardar esos dos mil francos.

Salimos todos de la habitación.

El «maitre» dió dos vueltas á la llave.

Rimbaud, que ya había recobrado toda su fuerza, y, por tanto, sentía hervir bajo el cráneo su enorme imaginación, exclamó de repente:

—Por Dios, señor «maitre», mucho cuidado con los aparatos. Están sin asegurar, y su desnivelación constituiría una pérdida gravísima para los intereses del observatorio de Greenwich. Mucho cuidado, le recomiendo mucho cuidado.

Acompañados por el «maitre d'hotel», llegamos al automóvil. Nos instalamos cómodamente. El auto arrancó.

Sobre los estampidos del motor, en los ámbitos de la plaza Vendôme, resonaban como campanadas las voces de Rimbaud:

—Adiós, señor «maitre». Piense usted en el observatorio de Greenwich. Mucho cuidado. Le recomiendo mucho cuidado. Adiós.

Cuando perdimos de vista el hotel Bristol, Balboury se inclinó hacia el chauffer:

—Carretera del Sudoeste. Hacia la frontera de España. Al vuelo.

Me dormí. Desperté con un sol espléndido, cuando pasábamos sobre los verdes campos de Turena.

No bien despierto de mi atentamiento, oí la voz, ya enronquecida, de Rimbaud, que decía á mis acompañantes:

—España es una tierra mora. Toledo, Granada, Córdoba, parecen todavía las ciudades principales de poderosos califatos. Las mujeres de esas tierras son tan hermosas que no desmienten su estirpe: son nietas de los emires é hijas de los califas.

En España hubo un poeta árabe que se llamó Zorrilla, el cual cantó como nadie las bellezas de Granada. Quien no haya visto la Alhambra no sabe que en el mundo hay un palacio de jaspes, oro y espuma, que ha visto derrumbarse á sus pies, uno tras otro, cuatro siglos.

—¿Tú has estado en España, Rimbaud?—interrumpió Balboury.

—No; pero no importa—respondió el interpeelado. No lo sé todo, y lo conozco todo. Tengo en las venas sangre de todas las razas. Cuando



fui emperador, en Borneo, veinticuatro horas, me entendia perfectamente con aquellos bárbaros. Si un negro se acercaba á mí y pretendia dertirme una súplica, yo le interrumpia inmediatamente:—Basta, señor amigo. Al rey se le habla por señas.

—Y si era una comision la que tenia que verte, ¿cómo te las arreglabas?—preguntó Balbourny.

—¡Ah! Una comision fué mi desgracia. Una embajada numerosa de las islas Célebes, vino á saludarme. Les obligué á explicarse por señas. Fueron tales los visajes de aquellos bárbaros que yo no pude contenerme y empecé á reir, á reir. La estupefaccion de los embajadores fué extraordinaria. Cuando salieron de su sorpresa, cayeron sobre mí y me molieron á patadas. Pero no vayáis á creer. Después hubo guerra.

—Pero ¿una guerra cruel ó una serie de colisiones sin importancia?—preguntó Balbourny para hacer hablar á Rimbaud.

—¡Colisiones sin importancia! ¡Ja, ja!—contestó el ex emperador con menosprecio—. En dos meses que tuve á mis órdenes á los ejércitos del reino, hicimos cinco veces la reproduccion exacta del paso de las Termópilas.

### CAPITULO III

#### España

Fué imposible detenerse más de un par de horas en algunas de las ciudades que habiamos en nuestro camino. Rimbaud no consintió jamás en ello. El sueño de aquel hombre, mientras rodabamos por las carreteras, era Madrid. Nos contaba tales cosas de la capital de España, que yo, conocedor de Madrid por haber vivido en él algunos años, asombrado de las fantasias de aquel hombre, llegué á creer que me hablaban de tierras absolutamente desconocidas para mí, como la India ó Australia.

—Madrid es un pueblo alegre—dije yo, por decir una tontería cualquiera.

—¡Oh, alegre!—contestó Rimbaud—. Alegre como París, más que París.

—Lo siento—exclamó Sara—. Desearia ir ahora á un pueblo triste.

—Madrid es triste como Roma—afirmó, impudicamente, Rimbaud.

—Yo, por mi parte—dijo Balbourny—, desearia ir á un pueblo que no fuera ni triste ni alegre.

—Madrid, Madrid es ese pueblo—volvió á afirmar Rimbaud, con el mismo impudor de antes.

De las tres afirmaciones contrarias, y referentes á la misma cosa, de Rimbaud, lo único que sacamos en consecuencia fué la absoluta precision de ir á Madrid. No habia más remedio. Si Madrid fuera el infierno, que no lo es, arrastrados por el entusiasmo de aquel farsante, iriamos todos á arder para siempre de cabeza.

En cuanto nos sacó del cuerpo la promesa, Rimbaud se mostró satisfechísimo. Se arrellanó en los almohadones del coche, encendió un puro, y lanzando contra el cielo cañonazos de humo blanco y brillante, decia:

—Así lanzan el humo los grandes acorazados, como yo.

Y satisfecho de su semejanza con los terribles drehanougs, seguia fumando y disparando humo.

Por fin entramos en Madrid. La carretera de la Bombilla, la estación del Norte, la cuesta de

San Vicente, no lograron impresionar la verbosidad de Rimbaud. Al llegar á la curva de Bailén se ofreció á nuestra vista la fachada amarillenta de Caballerizas reales.

—¿Qué es esto?—preguntó Sara Roel.

Rimbaud no sabia lo que era aquello. Pero como en aquel instante se abriera una de las grandes puertas, por las que empezaron á salir caballos, Rimbaud exclamó inmediatamente:

—¿Quién pregunta lo que es esto? ¿Tú? Esto es la Escuela de Veterinaria.

A los dos dias de hallarnos en Madrid nos ocurrió una catástrofe que destrozó para siempre la pintoresca razón social que formabamos Balbourny, Sara Roel, Rimbaud y este servidor de ustedes.

Se celebraban, en circuito cerrado, las pruebas de un aeroplano diminuto, modificado por un mecánico español, loco.

A las pruebas, celebradas al amanecer en un campo lejano á Madrid, acudian contadísimas personas. Una noche, un ingeniero belga, compañero de hotel, nos invitó para la mañana siguiente. Aceptamos.

En un automóvil grande y poderoso como un tren, dirigido por el ingeniero belga, borracho de cerveza Pilsen, nos lanzamos á lo desconocido.

Por casualidad llegamos á donde nos dirigiamos.

Un aeroplano precioso, esbelto, largo como un caballito del diablo, corria loco por el suelo. Nos dejó un poco asombrados el espectáculo. En el sillín del aparato se distinguia confusamente á un hombre pequeñito y negro como un mono.

El aparato no lograba remontarse. El aviador frustrado se desesperaba.

Balbourny, intensamente pálido, asistia á aquella lucha del Hombre contra el Ridículo. Las risas zumbaban ya sobre el aeroplano. Las alas de éste se balanceaban como las de un pato asustado.

Balbourny se lanzó á la pista. Se le vió hablar con el aviador. Vimos á éste descender violentamente del sillín, y á Balbourny dar un salto y apoderarse de las palancas. Expectación.

El aparato comenzó á rodar nuevamente como un carro cualquiera. Las carcajadas sonaron como cañonazos.

Pero, de repente, el aeroplano se remontó.

Subió, subió incesantemente, casi en línea recta. Un vuelo de altura magistral. El aparato sonaba perpendicularmente el misterio azul. Se alejaba sin descanso. Se perdía.

Se oian ya imperceptiblemente los estampidos isócronos del motor.

De pronto, un fogonazo y un estampido gigante que destrozó una nube nos asustaron.

Habia explotado el motor.

Aquello era, irremediamente, la muerte.

El aeroplano, como un águila destrozada de un balazo, bajaba hacia el abismo. Las llamas lo envolvian como los resplandores purpúreos de un sol muy fuerte.

Bajaba y bajaba: estruendosamente chocó contra la tierra aquel fantasma de fuego.

El aviador y el aparato, carbonizados, quedaron allí como un asterisco de oro al margen de la Historia, no más que empezada todavia, de los Progresos de la Aviación.

Murió carbonizado Balbourny, como uno de los muchos mártires ignorados de la navegacion por el cielo.

*Prudencio Aguirre Hermida*  
Ayuntamiento de Madrid